La Ilustración Artística

Año X — Barcelona 11 de mayo de 1891 — Núm. 489



EL TOCADO DE LA FAVORITA, cuadro de José Tapiró

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Un suicidio imperial. – Una hija del poeta Pouchkine. – Papel representado por éste en las letras moscovitas. – Sus desgracias y suicidio. – La ópera *El Mago* en París. – Una crisis ministerial por el teatro de la Grande Opera en Francia. – El bautizo por inmersión en Grecia. – Sus dificultades. – Conclusión.

I

Un drama horrible con desenlace de trágica muerte ha corrido por todo el mundo y embargado la general atención. Cierto Gran Duque moscovita, militar de alta graduación en los ejércitos del Czar, su primo, acaba de ser echado por un ukase del seno de las compañías imperiales y del seno de la familia Romanoff. ¿Qué crimen ha perpetrado para un castigo tan enorme? Pues ha perpetrado el terrible crimen de amar con verdadera pasión á una joven hermosísima y casarse con ella, como las leyes divinas y humanas prescriben. Mas parece haber otras leyes por los palacios moscovitas, prohibiendo á sus Infantes, llamémoslos así para mejor inteligencia, enamorarse de parejas destituídas por su nacimiento del sublime licor conocido con el nombre de sangre regia. Hijo de Gran Duque y de princesa germánica, el enamorado no atendió á otra cosa que á los latidos avasalladores de su corazón amante y á los preceptos divinos de su ley religiosa para constituir una familia feliz y tener un hogar honrado, pues no prohibe Naturaleza en sus designios lo que prohibe la soberbia en sus antojos: el cariño de los nobles á las plebeyas y de los plebeyos á las nobles mutuamente. Así debió entenderlo el padre suyo cuando autorizó el casamiento y bendijo la boda. Pero se conoce que por los palacios de Alemania se toman todas estas revelaciones de la igualdad humana, contradictorias con los privilegios dinásticos, mucho más á pechos, cuando la madre del novio, una Infanta, como decimos nosotros, de Baden, ha llevado su indignación hasta la demencia. Muy pagada de su estirpe y de su nombre, debía mirar la boda inferior del Príncipe como un descenso en las escalas del organismo y como un ayuntamiento con seres inferiores y como una infusión venenosa en las venas de sus descendientes; vamos, como una bestialidad. Lo cierto es que, para no sancionar de modo alguno la unión de una familia regia con otra burguesa, y no encontrarse con descendientes sin cuatro coronas en sus cuarteles, se ha suicidado tranquilamente la buena señora, como Porcia, hija de Catón y esposa de Bruto, cuando se perdió la República romana. Se necesita estar en la mollera y en el corazón de los privilegiados si hay que sentir como ellos el orgullo de sus privilegios y el desdén á cuantos no pueden ostentarlos y ejercerlos. Nosotros, los que pertenecemos á las generaciones contemporáneas, por el parentesco estrecho con todos los seres, aprendido en nuestros estudios, estimamos mucho más á un caballo y á un perro que los príncipes á los plebeyos. Heridas en su honor, desacatos á su fe, profanaciones del sepulcro de sus mayores, infamias para su generación, un atentado á la dinastía imperial, debió considerar la cuitadísima Gran Duquesa el matrimonio de su hijo, cuando sorbió veneno, que llevaba en una sortija, y cayó extinta como al contacto de una centella. Imaginaos la impresión del drama en Europa. Mas lo que interesa en esto á las gentes literarias, sobre todo, es la casual circunstancia de que fuese la novia hija del gran poeta ruso Pouchkine. Con este motivo todo el mundo habla de literatura moscovita y de su primer excelso poeta. Y hablando á una de tales materias, todo el mundo reconoce que un hado enemigo, como el hado de Antígona, pesa con abrumadora pesadumbre sobre la hija del poeta, cuando la madre de su marido se suicida por culto á su familia imperial y el padre suyo propio se hace matar en un duelo por celos de su madre. ¡Dramas de la vida y de la realidad! Así nosotros también alimentaremos con algunas noticias la general murmuración europea y diremos quién era el poeta resucitado en la memoria contemporánea por un escándalo enorme.

II

Pouchkine fué romántico y brilló hace cincuenta ó más años, so el imperio de Nicolás I. En los albores de su romanticismo no cantó, pues, la naturaleza como la cantaban los poetas clásicos: Delille en Francia, Meléndez en España; no cantó, como querían sus tiranos, los bosques de abedules y alerces; las estepas inmensas como el mar; la nieve virgen, plateada por los rayos de la luna llena; las ondas del Báltico, ya celestes en los eternos días del verano, ya bajo el marmóreo hielo aprisionadas en las eternas noches del invierno; los horizontes del Polo, con sus rosadas auroras boreales, de un esplendor indecible cuando las repiten y las descomponen los desiertos y las cordilleras de cristal; no cantó, no, esta naturaleza que continúa en sus movimientos, en su esplendor, en su hermosura, cuando presencia el crimen, y que recoge y guarda en completa indiferencia la sangre de los mártires y sostiene con su vivificador aire el pecho de los tiranos; cantó el espíritu con sus ideas, el espíritu con sus agitaciones, el espíritu que se hincha de tempestades interiores, y sale airado hasta escalar el cielo en pos de la justicia y de la libertad, y que cuando cae, rugiente de dolor y desesperación, sobre sí mismo, no reconoce ni en Dios autoridad y poder para robarle su derecho. ¡Cantar el espíritu en Rusia! Caro debía pagarlo. Así lo desterraron. Según unos historiadores, Pouchkine fué azotado antes de ser conducido al destierro. Según otros, fué meramente proscrito al interior y puesto con solicitud en silencioso claustro. Allí devoraba su propio ser. El martirio del Titán, solitario en la cima del Cáucaso, era su martirio. A los ímpetus de la escuela romántica, sucedieron los dolores de Byron. Aquellos dolores punzantes, aquellas penas desgarradoras; la duda de lo divino y humano, derramada sobre las heridas interiores del corazón y de la conciencia; la hiel, saliendo á borbotones del hígado, como de ánfora rota; la ironía fina, el sarcasmo amarguísimo; los tránsitos bruscos desde los éxtasis del ángel en mística oración á los juramentos del campesino en brutal embriaguez; todas estas indignaciones fustigaban la conciencia muerta de un pueblo tristemente esclavo. Su dolor, su incertidumbre, su amargura, eran el dolor y la incertidumbre y la amargura de su generación, que había entrevisto la libertad en el cielo del porvenir, para caer herida bajo el látigo, bajo el knout del pretoriano cosaco. Rusia gimió por el poeta; Rusia se avergonzó de sí misma en la vergüenza del poeta. Este llegó á crear una personificación de sus propios males, creando un tipo inmortal de su espíritu y del espíritu ruso, llegó á crear el tipo de Oneguine. Es admirable la fortuna de los poetas para poner en personas individuales el carácter de todo un siglo. Nuestro teatro español tiene de tal aptitud poética maravillosos ejemplos. El Segismundo sublime de Caldcrón, nacido para rey y encerrado entre las bestias; puesto en las entrañas de áspera gruta, sin comunicación alguna con el género humano; condenado á envidiar la libertad del ave que cruza sobre su cabeza y del pez que coletea entre sus pies, y del bruto de las selvas, y del arroyo sin espíritu; con menos albedrío que los seres materiales; personifica en verdad aquel pueblo español que, desde la cima del mundo, caído en miserable servidumbre, perdió bajo sus cadenas hasta el alma. Oneguine también era el tipo, también la personificación, de Rusia y del espíritu ruso. Agil, y no puede moverse; inteligente, y no puede pensar; con palabra, y no puede hablar; sediento, y no puede beber; hambriento, y no puede comer: las facultades intelectuales y las facultades físicas son en él completamente inútiles; hasta el amor parece vedado á quien sólo generará siervos. Oneguine es la imagen de las generaciones que nacen y mueren bajo el despotismo, ociosas para los más altos ministerios de la vida; inútiles en las esferas de la actividad universal; anhelantes por salir de su esclavitud pero sin acertar con la salida; generaciones abortivas y yertas, para quienes la tierra es como vasto sepulcro, y la vida, sin libertad, sin pensamiento, sin conciencia, como perdurable asfixia. Esta persuasión de que eran todas sus facultades inútiles llegó á infundir en el poeta una glacial indiferencia entre la libertad y la servidumbre, entre el error y la verdad, entre la reacción y el progreso. ¿Para qué aspiraría la piedra á la inteligencia? ¿Para qué aspiraría al calor de la vida? Poco á poco toda noble aspiración fué ahogada en aquel corazón, toda idea fué muerta en aquella inteligencia, y el poeta quedó como la Naturaleza, que produce la hermosura sin tener conciencia de producirla. Cantó, cantó; pero cantó en la olímpica indiferencia del arte por el arte. Cantó, cantó; pero cantó repitiendo las pasivas impresiones fugaces de todos los días, como repite un lago los objetos de sus orillas. No fué una idea reanimando la naturaleza y la vida, como debe ser la virtud poética; fué una máquina fotográfica repitiendo los hechos que pasaban por los cristales de su mente. Nicolás llegó al total cumplimiento de sus deseos: el poeta se había suicidado moralmente. En su triste suicidio moral maldijo el único elemento que le sostuviera contra la tiranía y que le auxilió á soportar la soledad de su claustro: maldijo la opinión pública. Triste reo resultó así de crimen horrible contra el género humano, de ingratitud empedernida, maldiciendo á su protector en la desgracia, convertido en su juez tras el perjurio. Para el sentir de aquella alma desolada, cuando sacudía y atormentaba las cuerdas del arpa puesta por Dios en sus manos, el pueblo estúpido, indiferente, capaz de apreciar el Apolo del Belvedere al peso del mármol y no por la hermosura de las líneas; el pueblo dormido en el barro de sus campos, con su aliento de muerte como la cavidad de los sepulcros, le decía que su cántico era sonoro y ruidoso, pero vano y estéril como el viento; y á un pueblo así debía bastarle por todo regalo, no la poesía, don celeste, sino el calabozo de los déspotas, el látigo de los pretorianos y el hacha de los verdugos. En efecto, el látigo de los pretorianos había mordido hasta el alma de Pouchkine. Cuando suscita Naturaleza un poeta, y pone en su inteligencia ideas universales, en su corazón humanos sentimientos, alzándole á la esfera luminosa, donde todos los objetos se esclarecen y se vivifican en la luz de la hermosura, y todas las ideas se expresan y se encarnan en suaves armonías; lo suscita, le da la inspiración, le confía el arte mágico de las formas, le pone en la voz melodiosísimas notas y en la mente la virtud del trabajo creador; le hace sensible y á veces hasta desgraciado, para que embellezca las noches de la vida como el satélite embellece las noches del planeta, y despierte nuevas almas como la primavera despierta nuevos seres, y difunda ideas en los senos de la conciencia como difunden aromas, miel, la luz y el calor en las entrañas de la Naturaleza. Renegar hasta de su inspiración, nada podía serle tan beneficioso en la corte. Mandóle el déspota, no soldados que lo azotaran, cortesanos que le corrompieran. Acordóse de que todos los déspotas habían tenido junto á sí un genio: Filipo, Aristóteles; Augusto, Virgilio; Carlos V, Garcilaso; Luis XIV, Moliere, y quiso Nicolás tener su poeta, escogiendo á Pouchkine, que había dado flexibilidad maravillosa á la lengua rusa, y que había recibido los caudales de las ideas del siglo, evaporándolos en holocausto al despotismo. Así le nombró su chambelán. Todavía quedaba un resto de pudor en el corazón del poeta, y se resistió á semejante gracia. Pero Nicolás, resuelto á deshonrarlo, después de oprimirlo, impúsole que optara entre el cargo de chambelán ó el destierro al Cáucaso. El déspota asiático arrojó Daniel á los leones, el czar ruso arrojó Pouchkine á los cortesanos. En semejante situación no le quedaba otro recurso al cuitado que morir ó deshonrarse, y escogió deshonrarse. Fué chambelán. La librea le pesaba como una cadena. Dios lo había hecho uno de sus ángeles de elección y el despotismo lo había convertido en una de sus bestias de carga. Allá, en la soledad de su alma, en el diálogo con su conciencia, cuando recordara que hay un Dios en el cielo y una justicia implacable en la tierra; delante de la historia, cuyos premios y castigos son eternos como la sucesión y la corriente de los tiempos, el poeta debía retorcerse de dolor, de ira contra sí mismo, de triste desesperación por no haber preferido á los favores de los tiranos que matan, la transfiguración y la apoteosis del martirio, que deja inextinguible luz en la memoria humana. Bajo tal pensamiento buscó la muerte, y la encontró en un duelo.

III

Desde un poeta casi antiguo, como todos los poetas románticos, pasemos á un compositor casi de lo



Estudios para el diploma de la sección austro-húngara de la Exposición Universal de París de 1889, que figura en la actual Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, obra de A. Hynais

porvenir, como debe llamarse á los músicos wagneristas. Este compositor se apellida Massenet y ha puesto en música una ópera titulada *El Mago*. Según este novísimo gusto que va reinando en las bellas artes, concluiremos por pedirles óperas á los matemáticos. En nuestras mocedades íbamos á oir *Sonámbula* ó *Lucía*, y salíamos extáticos, arrobados, y hasta remozadísimos. Hoy cuando escucho el *Rey de Lahor* ó el *Asedio de Zamora*, ya de antemano sé que voy á escuchar algo así como el Binomio de Newton. Una legión de pedantes, que aspiran al fruto del saber sin la pena del estudio, aplauden tales milagros de contrapunto, porque diz que son muy científicos. Mas, en tal ciencia buscáis una melodía del cielo que os conmueva, y recogéis una lección de piano y violín que os aturden y ajaquecan. Mientras pasa un acto muy bien puesto en escena; decorado y vestido con todos los arreos de la escenografía en uso; al resplandor de la electricidad; entre gasas y oropeles, yo tarareo las notas de los *Puritanos* en mis adentros y recuerdo mis viejos amores en música: la Penco de rodillas ante Jenaro en el final de *Lucrezia* y la Frezzolini, Desdémona, llorando la canción del sauce, acompañada por su arpa celestial, poco antes de que repitan las lagunas de Venecia los tercetos del Dante, dichos por la voz de Tamberlik y acompañados por los crescendos de Rossini. Lo que pasa en mí pasa en muchas gentes. Las óperas buenas del repertorio contemporáneo, como *Fausto* y *Mefistófeles*, ganan con el tiempo corriente y con las audiciones repetidas; pero la mayor parte de las muy alabadas mueren á una en el silencio y en el olvido. Recuerdo ahora mismo cierto estreno en París de una ópera, compuesta por músico muy famoso, que no quiero nombrar, pues como conoce uno á todo el mundo se guarda muy bien de ofender ni maltratar á nadie. Hallábame yo nada menos que en el palco de la presidencia, destinado en su gobierno por Napoleón á la propia imperial persona. Y lo recuerdo, no ufanado por tales obsequios, dirigidos á mi significación, recordando que desde allí se veía, como de ninguna otra parte, la espléndida sala. Pues bien, aquello no parecía un teatro, parecía un dormitorio, pues resonaban más ronquidos que notas. De igual fuste, poco más ó menos, *El Mago*. Pero lo notabilísimo en tal ópera es la letra, por el autor y por el sentido. Este autor es un poeta llamado Richepin, que se ha entretenido en poner una trampa ó red al pie del Universo y ha cazado así mundos, ideas, esperanzas, teogonías, dioses, lanzándolos después en las negaciones eternas. Y tras tanto y tanto demoler, hase hallado con que jamás podría idear un drama ó un poema cantables, como ahora solemos decir, sin beber las ideas generadoras de su obra en altas creencias religiosas. Y para granjeárselas ha vuelto los ojos al dogma del alma luz, al dogma de Zoroastro. Cinco mil años antes que Cristo apareció este revelador. De raza regia, oriundo indudablemente del territorio conocido bajo el nombre de Bactriana; la capital, Bactrias, cuyo circuito de ruinas ocupa hoy el espacio de seis leguas, fué como el centro escogido para campo de sus empresas, teatro de sus hazañas, tornavoz de sus predicaciones, fomes y semillero de sus doctrinas. Los demonios le acecharon desde los infiernos, y aun revistieron todas las formas imaginables al fin de tentarlo y de perderlo. Pero, embebido él en su idea, como todos los ascetas y solitarios de Oriente, les opuso la meditación, la penitencia, la soledad, el ayuno; y logró, de rodillas sobre aquellas montañas, donde resplandecían y fulguraban sublimes revelaciones, la visita de un espíritu misterioso, quien le sugirió al oído, amén de nuevos dogmas, la manera de formularlos y difundirlos. Zoroastro adoró el fuego creador, completando así la etérea luz



TEATRO DE LA CIUDAD, DE VIENA



Luneta pintada por A. Hynais, autor del diploma de la sección austro-húngara de la Exposición Universal de París de 1889

de los Vedas, creencias de nuestros padres los arios, que duran hasta en los blandones encendidos sobre nuestros altares y en el Verbo de San Juan invocado á diario en los últimos rezos de todas nuestras Misas. Bien puede asegurarse que los albores de las primeras ideas relativas al Dios Espíritu, elevado sobre aquel otro Dios Naturaleza propio del panteísmo materialista, están en Zoroastro. Ormuz, el dios suyo, aparece luz de la luz, espíritu del espíritu. *Lumen de lúmine*, *Deus verus de Deo vero*. Podrá tener este Ormuz por cabello el sol, por ojos las estrellas, por túnica el cielo, por collar la cadena de todos los organismos, por sangre la savia universal, que todo lo vivifica en su misteriosa circulación: allá, en lo íntimo de la esencia y ser suyo, aparece como un verdadero espíritu y anuncia en el tiempo la primera espiritualidad religiosa en que luego comulgarán por siglos de siglos tantas generaciones. El poema compuesto por los Vedas y los libros compuestos por Zoroastro forman las bases del credo verdaderamente ario, como la Biblia de Moisés y el Alcorán de Mahoma las bases del credo verdaderamente semita. Pero entre semitas y arios está la raza llamada turania, de la cual dimanan turcos y húngaros, casi todos provenientes de Mongolia. Y esta raza, no pudiendo hacer otra cosa en contra de nuestros padres, enredó por sus luminosos candelabros telarañas de magia. Sus sortilegios, y la diosa de estos sortilegios, una especie de alma del placer universal, han inspirado el poético libreto de Richepin. Como veis, lectores míos, como veis: para oir una ópera del repertorio moderno se necesita un curso de matemáticas sublimes y para entender los argumentos otro curso de filosofía de la Historia. ¿Dónde se halla, pues, el arte ingenuo, sencillo, encantador, fácil, suave, melodioso, que privaba en mi juventud? Háselo llevado el cierzo mismo que se llevará de nuestras frentes el cabello y de nuestros corazones la esperanza.

IV

Muy felices deben ser los franceses y muy bien gobernados estar. Y vengo á decirlo, porque allí no riñen los ministros por las mohinas reinantes en pueblos más pobres, como Italia y España: riñen por el teatro de la Grande Opera. Los catalanes, que conocen tanto á M. Constans, ya saben como nació en Tolosa; y además, que han oído á M. Gailhard en su magnífico teatro, ya saben como es el cantante paisano del ministro. Pues bien, así como éste ascendió de gobernador á Gobernación, ascendió aquél de artista contratado á empresario contratante. Por tolosano le dieron la dirección del Gran Teatro, cargo tan oficial en Francia como aquí la Dirección de Aduanas. Mas hoy corta y saja en estos asuntos el ministro de Instrucción y Bellas Artes, M. Bourgeois. Este ya nada tiene que ver con Tolosa; y, por consecuencia, nada tampoco tiene que ver con el ministro y el cantante tolosanos. Así ha depuesto al último de su dirección, como, si pudiera, depondría del ministerio al otro, y lo ha reemplazado con personaje tan por todo extremo subalterno como el director de Variedades. Al saber tal cosa Constans, hase indignado en términos que ha querido presentar su dimisión, y hubiérala presentado, vive Dios, de no mediar M. de Freycinet, cosiendo la herida con el sedosísimo hilacho rojo de sus hábiles arreglos. Así, en los paseos asfixiantes á que nos hallamos, por necesidad, sujetos los diputados dentro de nuestro palacio del Congreso, mucho más triste que la cárcel del Abanico por mucho menos aireado, como yo celebrara el estado idílico de Francia, donde los ministros riñen por tan poco, cual un teatro, cierto compañero de parlamento, muy observador, me respondió lo que sigue: «Aquí riñen por mucho menos que un teatro, aquí riñen por un *Cosi*.» También ha estado á punto de reñir en Grecia el heredero de la corona con el Sínodo eclesiástico por un bautizo. Como se llama en España el inmediato sucesor al trono príncipe de Asturias, y en Inglaterra príncipe de Gales, llámase duque de Esparta en Grecia. Pues bien; este duque se halla casado con una princesa germánica, y esta princesa germánica, para mejor adaptarse al pueblo que habrá de regir en una soberanía puramente nominal y honoraria, se ha resuelto á cambiar de religión y á pasar desde su Iglesia luterana unida, como se llama hoy la Iglesia del reino prusiano, á la Iglesia ortodoxa griega. Mas para entrar en cualquiera de las Iglesias cristianas, hay precisión de bautizarse. Quedan pocos anabaptistas, como poquísimos unitarios, que nieguen la virtud del bautismo y la divinidad de Jesucristo, en las mismas Iglesias protestantes. Acerca de tal tema, del bautizo, disputaron mucho Zuinglio y Lutero, aquél con ideas más apartadas del catolicismo, éste con ideas al catolicismo próximas. Tal sacramento se ha salvado más en el dogma nuevo que la comunión. Desde la transubstanciación, en que nosotros creemos, hasta la simple conmemoración suya, media larga distancia. El bautismo se impone con el mismo rigor en la Iglesia griega que en la Iglesia romana. Pero hay una diferencia: los griegos bautizan por inmersión. En sentir suyo, así bautizaba el Bautista, sumergiendo los neófitos desnudos en las aguas del Jordán. Por consecuencia, la heredera del trono griego no tiene otro remedio que desnudarse como los neófitos del Bautista, en plena iglesia de Atenas, y zambullirse así dentro del agua litúrgica. ¡Cuán egregio modelo su casta figura podría ofrecer á un artista deseoso de reproducir Susana en el baño y Eva en el Paraíso! Pero la costumbre reclama sus derechos. El pudor natural en su sexo, aumentado por una educación austerísima, se ha sublevado en la Princesa y ha dicho que prefería cien veces morir vestida en la religión de Lutero á nacer desnuda en la religión de Focio. Con tal motivo, larga disputa entre Corte y Sínodo. En las incidencias de tal disputa, muchos mutuos rozamientos, generadores de futuros despegos. Mas al fin se ha roto la soga por la Iglesia, y se ha convenido en que reine por excepción muy singular, en este caso único, una liturgia católica. La Princesa debe rechazar otro nuevo solio; ¡no tuviese que bautizarse por tercera vez, en la cual diera con sinodales más rigorosos! De todo esto han murmurado las tertulias europeas en la última quincena; y si lector dijeres ser comento, como me lo contaron te lo cuento.

LA EXPOSICION GENERAL

DE BELLAS ARTES

II

EL SALÓN DE ESCULTURAS

Distinta en esto de la Exposición Universal, la presente ha concedido á la escultura, no sólo más espacioso y conveniente sitio, sino el mejor de todo el palacio. Estatuas monumentales, modelos de las del paseo de San Juan, adornan el vestíbulo y le prestan grandiosidad. Ocupan las restantes el salón central, que, por sus dimensiones y sus vastas galerías, es el que ofrece también más grandioso aspecto, el propio de un gran concurso y el más pintoresco y animado, convertido en salón de conciertos y en lugar de reunión. Tiene, no obstante, como todos los locales de mucho ámbito, el inconveniente de empequeñecer las obras y dejar reducidas la mayoría de las estatuas en hilera á la dimensión de juguetes ó pisa-papeles, si se abarca el conjunto desde las altas galerías. Exceptuando el modelo de la Virgen, de Sala, que, á pesar de su colosal tamaño, resulta, como al aire libre, proporcionada y regular, las demás estatuas aparecen á primera vista diminutas y pobremente adornadas en medio de sus canastillas de flores y en sus pedestales rodeados de raquíticas plantas. De modo que la primera impresión es la de que la estatuaria que allí se exhibe no pertenece por cierto á la monumental y decorativa, sino á la más modesta por su tamaño, aunque tenga á veces mayor valor artístico que ésta y sea más adecuada al gusto moderno.

Pero si después de esta impresión primera se recorre la sala con más detención, se advierte que no faltan en ella obras de todos géneros. No son muchas las monumentales, pero las hay; no sorprende la mayoría por su novedad ni por su mérito extraordinario, pero algunas son verdaderamente notables, y aisladas y de modo que pudieran recabar para sí toda su atención, alcanzarían mayor aplauso. Aunque abundan los bustos insignificantes y se encuentran ocupando el lugar de objetos artísticos las estatuíllas de industria, lo bonito y lo amanerado, se halla también entre ello la nota sincera y sentida, que acusa la preocupación de una expresión enérgica y fuerte, y de un sentimiento que mueva directamente al espectador. La escultura moderna, de la cual se ha dicho que no puede limitarse ya á la corrección formal ni á la elegancia decorativa, se esfuerza en buscar nuevo y más vasto campo de observación en las manifestaciones de lo íntimo, de lo patético ó de lo característico; y de estas manifestaciones, particularmente de las más nuevas, hay ejemplares en la actual exposición. Bien es verdad que, en muchas ocasiones, es de lamentar que junto á tales obras figuren todavía algunas con incorrecciones y deficiencias tan elementales, de tan rudimentaria ejecución, que son para señaladas por un profesor técnico y no en una revista. La ejecución correcta, segura de sí misma, perfectamente encajada dentro de los rudimentarios principios del arte, es imprescindible; es condición ya supuesta en el artista, su gramática común. Cuando el artista la posee en alto grado, claro que es de admirar como una de sus primeras cualidades; ¡tan difícil parece conseguirla rayana de la perfección! Cuando su deficiencia en este punto es parcial, transitoria, y á veces relegada á segundo término por mayores aciertos, claro también que es posible la crítica. Pero cuando no se posee ni poco ni mucho; cuando se halla sólo en embrión y se lucha todavía con ella, en realidad huelga toda advertencia: en realidad el autor no se halla en el caso de exponer. En todas las exposiciones celebradas aquí hubo siempre obras de esta última é ínfima categoría, y en la general las hay como en todas. Me parece que sería hora de rehusarlas y ser mucho más parco en las admisiones, hasta alcanzar una depuración que fuese por sí sola distinción anticipada y justa para los verdaderos artistas. Levantando el nivel éstos saldrían ganando, y con ellos, el público...

He dicho que ocupaban el vestíbulo los modelos de las estatuas del paseo de San Juan. Con las de Berenguer III, de Llimona, la Virgen, de Sala, y la de Jovellanos, de Fuxá, son las que atestiguan el renacimiento de la escultura monumental entre nosotros. No fué únicamente el cementerio el que se convirtió, por singular contraste, como se ha dicho y repetido, en cuna y plantel de la escultura catalana. La construcción de algunos nuevos monumentos (como la Universidad y el de Colón), el ornato de algunos paseos, la glorificación de personajes históricos sobre sus pedestales, y aun de algunos particulares... (que no pasarán seguramente á la historia), han producido últimamente algunas obras del género que podríamos llamar «heroico ó de apoteosis.» En todas ellas, nuestros artistas han tenido que luchar con graves inconvenientes: en las de personajes contemporáneos, con el traje moderno, que no resulta escultórico por más que se haga; en las de personajes históricos, con la falta, á veces absoluta, de noticias, no para alcanzar el parecido en el retrato, que esto sería quizás lo de menos, sino para imprimir á la fisonomía su propio y verdadero carácter. Faltando el retrato auténtico, lograr este carácter no es posible en absoluto; no cabe estudiarle en los rasgos fisonómicos, única manera de verlo claro para un escultor; no cabe exteriorizarlo y ponerlo de relieve acentuándolos, sujetándolos á una línea enérgica y dominante, aunque por aquí se perdiera la semejanza. Los artistas han debido ayudarse de noticias literarias las más veces, crearse un tipo de convención y substituir con él el preciso, expresivo y viviente de la individualidad enérgica del héroe, tanto más enérgica, tanto más viviente en sus trazos, cuanto que fué superior y de excepcionales condiciones. De aquí que apenas veamos en la mayoría de aquellas obras, dejando aparte otros defectos más salientes de algunas, sino una serie de figuras agigantadas sin valor y sin expresión, á las cuales se ha aplicado un nombre histórico. Hay, sin embargo, á mi ver, un medio de remediar este inconveniente, y es el de prestar mucha mayor atención de la que se presta á esas mismas noticias de la historia y la literatura, no limitándose á las que concretamente se refieren al personaje, sino á todo su tiempo, á todas las condiciones de su vida y á la misma índole de su celebridad. Claro está que todos estos estudios y datos no engendran inmediatamente la concepción plástica del escultor; pero la preparan, la fecundan, disponen á concebirla, por lo menos, animándola con un sentimiento determinado. Sobre todo, si á tales estudios acompañan el de la forma plástica más común en la época del personaje, el de la indumentaria, el de los diseños, el de la estatuaria y arquitectura, todos los cuales no son sino distintas formas manifestativas y lógicas del mismo carácter coetáneo, es posible llegar en una figura á una concreción final, emblemática é individual á un tiempo; viva, como debe de ser toda obra artística, y expresiva del carácter del personaje, sin nimios atributos que casi siempre se despegan. El *Berenguer*, de Llimona, me sugiere particularmente esta observación. Para mí es una bellísima estatua ecuestre, modelada con extraordinario vigor, simple y bien compuesta: viviente el caballo, enérgico, de silueta animada y correcta; noble y de bella actitud el jinete. Pero cuando al contemplarle se recuerda que aquel Berenguer es el primer fundador de la nacionalidad, ó el que esbozó sus primeros contornos; el primero que unió Provenza al condado; el contemporáneo de los trovadores y de las cortes de amor del siglo XII; el caballeresco paladín que libertó en campo cerrado á la emperatriz de Alemania, según la leyenda; el que inició con sus viajes á Pisa y Génova las relaciones marítimas de Cataluña con aquellas repúblicas; cuando tantos recuerdos nos asaltan, ocurre preguntarnos si el estudio y la lectura de tales hechos, acompañados de sus elementos pintorescos y escultóricos, no serían parte á inflamar la imagina-



MUSICAS JAPONESAS, cuadro de Homphrey-Moore, grabado por Baude. (Salón del Campo de Marte, París.)

ción del artista hasta concebir una figura más grandiosa, más noble y enérgica en su actitud, de lo que es hoy, animada de mayor sentimiento, y adornada de ricos ó pintorescos accesorios. El escultor atiende exclusivamente á las formas, á las líneas, al modelado; la intención ó el sentimiento literario son otra cosa; no caben tantos recuerdos é intenciones en una figura: todo esto es muy cierto; pero esto no quiere decir que no puedan inspirar aquellas mismas formas, aquellas mismas líneas, apartándolas de la trivialidad y vivificándolas con la pasión, el entusiasmo ó la exaltación poética que suscitan. La falta de esta sugestión proviniendo de un estudio profundo, de abundante lectura, de consultas repetidas, de cuanto pudieran procurarse los artistas respecto de la época del personaje, es la que suele echarse de menos en esos retratos históricos. Hay algo más en la historia que las fechas de nacimiento y muerte de un personaje, algo más que algunos pormenores de indumentaria con que evitar anacronismos, que á lo mejor no se evitan tampoco.

Fuera de las estatuas citadas hasta aquí, ocupan ambos lados del salón, en triple hilera, obras de tan variados géneros y tamaño y nacionalidades, que nos sería difícil agruparlas y clasificarlas. Desde la escultura religiosa á los bustos, bajo relieves y simples estudios, hay de todo en la actual Exposición.

Nótase, sin embargo, á simple vista que es escaso el número de obras religiosas que merezcan mención. Algunas son ya conocidas y elogiadas con justicia, como el *Cristo yacente* de Vallmitjana. Fuera de ésta, apenas podemos citar otras que la *Madona de Ripoll*, de estilo bizantino, de Pagés, y la *Virgen* con Jesús en brazos, de Serra, de un sentimiento penetrante, delicado y vivo, aunque la figura del Niño parece algo descuidada y no se halla á la altura del resto. En cambio, son más comunes las obras en que este mismo sentimiento toma una forma familiar ó dramática, harto dramática á veces. La *Medea* de Atché se halla en este caso: concebida con valentía y ejecutada vigorosamente, grita y declama, se descompone. De un sentimiento plácido, ó sereno en su expresión, compatible con una ejecución segura, hay los *Desamparados*, de Montserrat: tierna niña de pocos años abrazada á un rapazuelo llorando, que tiene muy delicados fragmentos; la *Formiga*, de Campeny: una labradora en actitud de recoger unas espigas, inspiración ó imitación en la escultura del género rústico de Millet, y un estudio de Blay titulado *El hijo pródigo*, uno de los mejores de la Exposición por su factura jugosa, espontánea y al propio tiempo correcta, y por el abandono y tristeza que el autor ha sabido comunicar á la figura.

Se hallan al lado de éstas, otras obras en que á la expresión y la vida, sinceras y gratas, se une cierta intención picaresca, ó que sorprenden simplemente una actitud, un gesto, un movimiento de ánimo, alegre ó risible. Pertenecen á este número, entre algunas de menos valór, el grupo de los *Monaguillos* de Arnau, tan expresivo y vivaz, y modelado con mucha soltura; un *Niño*, de Tasso, llorando y con una jaula en la mano, intencionado y gracioso; el *Bonjour*, de Carbonell, estudio de desnudo animado de una delicadeza serena y sonriente que atrae; y una figurilla retrato de Fontova en uno de sus papeles de sainete, por Chiloni, perfectamente caracterizada. Estos simples juguetes, propios para adornos de habitaciones, son los que comparten la atención con los bustos, donde la expresión y el carácter recorren toda la escala, de los cuales hay que citar, entre los mejores, uno de Llimona: cabeza preciosa de mujer, de una simplicidad encantadora; dos de Reynés, ya conocidos, palpitantes, vivos, modelados con la elegancia y por decirlo así voluptuosidad y fruición con que trata este artista las formas femeninas; otro de Blay, testa de viejo rugosa y expresiva, modelado con pastosidad y garbo; otra de Clarassó, de una expresión seductora de candorosa inocencia, sobre la cual resbala suavemente la luz como una caricia, y una testa de guerrero de Atché.

Entre las pocas obras en relieve que figuran en la Exposición, es notable el de la *Traslación de los restos de Santa Eulalia* (1339), por Arnau, composición muy bien entendida, particularmente en sus últimos fragmentos, y con algunas figuras de excelente dibujo y realmente bellas, como la de uno de los concelleres y las de los obispos, aunque en éstas el autor hubiera podido atender más á introducir mayor variedad en las fisonomías. En bajo relieve hay también un medallón-retrato, de Tasso, fundido en bronce y ejecutado con la gracia, el desenfado y la delicadeza suave y ligera de un pastel, que parece ha de desvanecerse en un soplo.

Como en la sección de pinturas, figuran también en ésta algunas obras de escultores difuntos, agrupadas convenientemente y renovando así con oportunidad su recuerdo en ocasión en que es más de lamentar su irreparable ausencia. De Novas se ha traído al Salón, con el busto de Cervantes y algunas figuras de escaso mérito, el celebrado *Torero moribundo*. De Gamot se sostiene sin haber desmerecido en lo más mínimo, pudiendo colocarse por el contrario al lado de las mejores por su elegante silueta, el *Arabe en oración*. Muy cerca de él, *El primer paso* consagra plenamente con su primorosa ejecución la justa celebridad de Oms, de los pocos á quienes cabe llamar artista, sin distingos ni restricciones.

Finalmente, de las esculturas extranjeras poco hay que decir. Sólo dos naciones se hallan representadas en esta sección: Italia y Francia; Italia con bastantes obras: algunas copias antiguas, algunas figuras, algunos bustos; pero no sólo no hay entre ellas nada de excepcional y aun de regular mérito, sino que la mayoría de ellas, perteneciendo á ese género intermedio entre el arte y la industria, ó mejor, más industriales que artísticas, obligan á repetir lo que pasa ya por estereotipado en las revistas cuando se trata del arte escultórico italiano en el extranjero: es arte de exportación, amanerado y bonito unas veces, como en los grupos en bronce, sentimentales y para chimeneas, y guasas ó *charges* de taller, en el género picaresco. Una sola excepción hay que hacer, y ésta notable: una figurilla de pilluelo, su autor Tabera, que lleva por título: *C' est mi*, un juguete en tamaño, que vale por su calidad artística más que muchos colosos. La escultura de Francia está representada por Dionisio Puech con una obra notable: un bajo relieve religioso, *La Virgen y San Antonio de Padua*, de una corrección de dibujo y, de un sentimiento verdaderamente exquisitos. El mismo autor exhibe además una cabecita admirable Poco es en número, pero excelente en calidad.

J. Yxart

ROSALINDA

CUENTO FANTÁSTICO DEL SIGLO XVII

(Continuación)

Corrió en el acto á buscar á Pipolín, y colocando entre las manos de éste un alfanje con vistosa empuñadura de oro, le dijo:

– Adorado Pipolín, si en algo tienes la vida, obedéceme ciegamente. He ganado á un esclavo, que dejará abierta esta noche la puerta del jardín que da á la playa. Cuando tus guardias se hayan retirado, como de costumbre, deslízate sigilosamente y corre á la orilla del mar. Allí encontrarás una barca tripulada por seis marineros: enséñales el alfanje encantado; en el acto serás admitido á bordo y te obedecerán como si fueses el emperador en persona. Yo no tardaré. Ahora me precisa entrar en palacio para asegurar el éxito de nuestra fuga.

Pipolín se quedó como quien ve visiones, con aquel chafarote entre las manos, mientras Rosalinda se internó presurosa en el palacio. Una vez en la habitación contigua á la que ocupaba la autora de sus días (entretenida á la sazón en hacer solitarios), escribió un conjuro misterioso en un pedacito de papel, y pasando á la habitación inmediata, deslizó hábilmente el conjuro en un bolsillo de su madre. Inmediatamente, la buena señora se quedó dormida lo mismo que un marmolillo. Rosalinda, con esa timidez propia de la inocencia, cogió sin pérdida de tiempo cinco ó seis puñados de diamantes y piedras preciosas (algunos dicen que siete) y corrió á la barca, donde ya le aguardaba Pipolín. No bien Rosalinda hubo puesto el pie á bordo, la barca voló sobre el mar con la rapidez de una gaviota.

Mientras tanto, el Gran Turco se dirigía á las habitaciones de su augusta esposa para comunicarle la fausta nueva de que al día siguiente por la mañana iba á darse por fin su ansiado baño de sangre. Llamó á su esposa repetidas veces; mas como no consiguiera despertarla ni gritándole al oído, ni tirándole de las orejas, creyó que era víctima de un accidente, y comenzó á dar grandes voces de alarma.

– ¡Pronto! ¡Aquí todo el mundo! ¡Volando!

Acudieron las damas de honor, acudió la servidumbre, acudieron los médicos, todo el mundo acudió. Y en medio de aquel estrépito infernal, la emperatriz no daba acuerdo de su persona.

– Es un ataque, dijeron los médicos. Hay que poner á Su Majestad en el lecho y sangrarla de los cuatro remos.

Retiráronse todos, excepción hecha de las damas de honor, que se quedaron desnudando á la emperatriz. No bien le hubieron retirado las faldas, y por consiguiente el bolsillo en que estaba el conjuro, la emperatriz abrió los ojos lo mismo que tazas, y comenzó á gritar desaforadamente:

– ¡Ah, infame, tunanta, mala hija!... Se escapa con Pipolín... Pero yo lo evitaré. Aún es tiempo.

Y dejando con un palmo de narices á sus damas de honor, que la creían loca, salió por una puerta de escape, y corrió desalada hasta la orilla del mar. Sonaba en aquel momento la media noche, y no se divisaba la embarcación más pequeña en toda la extensión de la playa. Furiosa la emperatriz, arrancó una hoja de una palmera que crecía allí cerca, sopló tres veces sobre ella, y la arrojó al mar. En el acto, la hoja de palmera se convirtió en una esbelta canoa. Saltó dentro la sultana, é inmediatamente la canoa, sin velas ni remos ni remeros, cortó las olas con la rapidez de una flecha.

Rosalinda huía con su amante, cuando de pronto exclamó mirando hacia atrás:

– ¡Somos perseguidos! ¡Mi mamá! ¡Ahí viene mamá!... ¡Virad, virad aprisa! Ella corre con más rapidez que nosotros... Va acortando la distancia... Se aproxima...

– ¿Pero dónde está?, decía Pipolín, con los ojos abiertos hasta salírsele casi de las órbitas. ¿Te has vuelto loca, mi adorada Rosalinda?

– No, no; ella es invisible á tus ojos, pero no á los míos, porque sé de magia tanto como ella... ¡Pronto, pronto, ó estamos perdidos! Príncipe mío, saca el alfanje encantado, tira un tajo hacia aquí... ¡hacia aquí!

El príncipe, más por complacer á su amada que por otra cosa, largó al buen tuntún un chafarotazo con todas sus ganas en el sentido indicado por Rosalinda. En el mismo instante resonó allí próximo un grito de dolor. Los remeros, que nada veían, estaban pálidos de terror.

– ¿Qué he hecho?, exclamó Pipolín. A juzgar por la resistencia que ha encontrado mi alfanje, debo haberla partido por la mitad del cuerpo.

– No, replicó más tranquila Rosalinda, le has cortado únicamente las dos manos, que alargaba ya para asir nuestra barca. Pero ha sido suficiente, añadió exhalando un profundo suspiro, como desahogo á la ternura filial que la embargaba.

– Siento mucho, dijo Pipolín, haberle cortado las manos á tu mamá.

– ¡Bah!, contestó Rosalinda, ya le volverán á crecer.

– ¿Las manos de las hechiceras son, pues, como las bocas ó patas de los cangrejos?, preguntó él.

– Exactamente, contestó ella.

– En ese caso, doblemos la hoja y no pensemos más en ello, repuso Pipolín.

La sultana, al entrar de nuevo en su palacio, corrió al encuentro de su esposo, y le dijo, mostrándole sus dos brazos mutilados:

– ¡Cría cuervos y te sacarán los ojos! (debió decir, te cortarán las manos). Tu hija ha huído con ese maldito príncipe Pipolín, á quien el infierno confunda. Ya no te darás el baño de sangre. Tu salud está perdida para siempre. Y todo por una hija ingrata y desnaturalizada. ¡Muchas veces he llegado á dudar que Rosalinda sea hija tuya! Yo voy á morirme del sofocón.

Y como estaba acostumbrada á salirse siempre con la suya, lo hizo como lo dijo, se murió.

En cuanto al Gran Turco, acostumbrado á no tener otra voluntad que la de su esposa, inclinó la cabeza «como una res destinada por su dueño al matadero,» y se murió también.

Pero la sultana, antes de morir, tuvo tiempo de cumplir con el último deber maternal: maldijo á su hija.

– Ojalá, dijo, que al primer beso que reciba tu amante de otra mujer, te borres de su corazón y de su memoria.

III

Llegado que hubieron los dos amantes al puerto de Clarafuente, capital del reino de Meloria, Pipolín dijo á Rosalinda:

– Adorada mía, aguárdame unos momentos en esta barca; el tiempo indispensable para ir á buscar séquito digno de tu posición y de la mía, á fin de conducirte á mi palacio.

¿Cómo describir los transportes de júbilo con que fué acogido el príncipe? Lo habían llorado por muerto, y su vuelta á Meloria era una verdadera resurrección. Reconocido en la calle por el pueblo, fué llevado en triunfo hasta palacio. Los reyes, padres de Pipolín, tuvieron noticia de lo ocurrido por los atronadores gritos de la multitud. ¡Qué vivas! ¡Qué entusiasmo!

En el momento mismo de pisar el príncipe las escaleras del regio alcázar, su madre, vestida aún de luto y loca de alegría, se precipitó sobre él, lo estrechó entre sus brazos y lo colmó de besos. Inmediata-

mente se cumplió la maldición de la sultana. Rosalinda se borró del corazón y de la memoria de Pipolín, como si jamás la hubiese visto. Y con ella se borró también el recuerdo de todo lo ocurrido desde su apresamiento por los turcos. No hubo forma humana de arrancarle explicación ninguna.

Durante tres días hubo fiestas públicas en todo el reino. Rosalinda, llena de amarga tristeza, oyó aquella noche desde la barca los acordes de las músicas y vió las chispas de los fuegos artificiales. Convencida al fin de que había sido abandonada, saltó en tierra al día siguiente. Entonces recordó que sus piedras preciosas estaban en los bolsillos de Pipolín, á quien ella las había confiado. Se hallaba en un país desconocido y falta de recursos. Pero Rosalinda era mujer de ánimo, y no se achicó. Tomó en alquiler una soberbia casa frente por frente al palacio real, la mandó amueblar con extraordinario boato, se rodeó de numerosa servidumbre y hasta compró un carruaje con su magnífico tronco de caballos. El rico traje de Rosalinda y aquel diamante colosal que llevaba en uno de sus dedos le facilitaron crédito para todo. En Meloria, como en otras muchas partes, la gente se paga del exterior.

No tardaron los cortesanos y la gente acomodada de Meloria en atisbar á la hermosa extranjera y en disputarse sus favores. Rosalinda, por su parte, lejos de ocultarse á las miradas, hacía pública ostentación de su lujo y de su hermosura. Se proponía de este modo llamar la atención de Pipolín y atraerlo nuevamente por los celos. El plan podía no ser malo; pero el crédito se agota, y Rosalinda no tenía dinero para hacer frente al tren de vida que llevaba. Y aquí entra la parte más curiosa de este cuento, donde no se sabe qué admirar más, si el gran talento de Rosalinda ó las raras virtudes de que se hallaba adornada aquella princesa turca; sobre todo, ¡qué honestidad!, ¡qué pudor! Véase la clase.

A fin de obtener dinero, Rosalinda fingió acceder á los ruegos de un viejo ricachón consejero del rey, que le ofrecía mil ducados por el solo favor de una entrevista privada. Una hora después de recibir el viejo consejero un billete muy lacónico dándole cita para aquella noche, recibía Rosalinda los mil ducados en una bolsa de seda carmesí, juntamente con un rico vestido de brocado de oro con elegantes mangas de punta de Venecia.



¡FUERA PENAS!, cuadro de Joaquín Agrassot

– Bien se conoce, exclamó Rosalinda, que el pretendiente no es un joven.

En punto de la media noche, según lo convenido, el viejo adorador se introdujo furtivamente por la puerta falsa del jardín, y se deslizó sin hacer ruido hasta la habitación en que lo aguardaba Rosalinda. Hallábase ésta reclinada sobre un diván, en actitud por todo extremo interesante. Se adelantaba el vejete contemplándola con la baba caída, cuando ella le dijo:

– Comenzad al menos por cerrar esa puerta.

La orden había sido cumplida, pero ella lo contuvo nuevamente diciendo:

– La puerta no está cerrada, vedlo.

– Perdón, señorita; es efecto de la ansiedad misma que experimento por complaceros.

Volvió á cerrar nuevamente, y cuando se hallaba á un paso del diván, Rosalinda le gritó con tono áspero:

—¡Pero esto es insoportable! Si no queréis cerrar la puerta, decidlo al menos.

El pobre hombre volvió atrás por tercera vez. La puerta se cerraba; pero en cuanto él se volvía de cara á Rosalinda, ¡tras!, saltaba el pestillo, la puerta giraba sobre sus goznes produciendo un largo chirrido que parecía burlarse de él, y le pegaba un fuerte porrazo en las espaldas. Volvía él á su faena, jurando y perjurando que había de salirse con la suya, mientras Rosalinda decía lánguidamente:

– Esto me crispa los nervios. ¿De qué habéis de ser capaz si no servís para cerrar una puerta?

Al amanecer, duraba aún aquel ejercicio. Rosalinda dijo entonces al consejero:

– Nuestra entrevista ha terminado. Retiraos pronto, á fin de no comprometerme.

No deseaba cosa mejor el buen hombre, según estaba de molido. Salió de allí bañado en sudor, echando pestes contra el carpintero que había hecho aquella maldita puerta.

¡Y la virtud de Rosalinda, firme como una muralla!

Pocos días después tocó el turno á un acaudalado israelita, cuyas insinuaciones aceptó Rosalinda bajo la forma y las especies de dos mil ducados. El judío cerró en seguida la puerta; y ya se disponía á sentar-



SEGADORA ASTURIANA, pintura al pastel de Cecilio Plá. (Exposición de pasteles celebrada en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, 1890.)



¿SERÁ MAL DE AMOR?, cuadro de Juan Looschen



LAS DOS HERMANAS, cuadro de Luis Jiménez, grabado por Baude

se con toda confianza al lado de Rosalinda, cuando ésta, cubriéndose el rostro con una mano, le dijo:

– Esa lámpara que está sobre el velador me lastima horriblemente la vista. ¿Seríais tan amable que la apagaseis?

Apresuróse galantemente el hebreo á obedecer la orden de la hermosa; pero la llama y la mecha de aquella lámpara se habían encariñado tanto, por lo visto, la una con la otra, que parecía de todo punto imposible separarlas. Soplando con toda su fuerza, no consiguió otra cosa el judío sino producir una lengua de fuego que llegaba hasta el centro de la habitación. El hombre era testarudo, y se sintió picado en su amor propio.

– ¡Pues qué!, dijo, ¿no he de conseguir yo apagar esta lámpara? ¡Ahora lo veremos!

Hizo una tremenda aspiración, infló sus carrillos hasta el punto de que parecían ir á estallar, y levantándose sobre las puntas de los pies, dió sobre la mecha un soplo formidable. La llama descendió, tomando la forma de un paraguas de fuego, pero no se apagó. El israelita recurrió entonces á otro medio: se arrodilló en el suelo y comenzó á soplar de abajo arriba. Un dardo luminoso subió inmediatamente hasta el techo.

– ¡Cuidado!, ¡cuidado!, gritó la bella Rosalinda, vais á quemar las colgaduras de mi lecho. ¿Sois tan torpe que no podéis apagar una lámpara sin producir un incendio?

El hebreo, desesperado ya, intentó apagar la lámpara de un furioso puñetazo, sin conseguir otra cosa que lastimarse no poco la mano y abrasarse dos ó tres dedos. Lleno de rabia y de despecho, comenzó á soplar en todas direcciones: daba cada resoplido como los fuelles de una fragua; pero la luz cada vez más viva.

Al entrar en la estancia el primer rayo de sol sorprendió al hebreo con los ojos desencajados, rojo como un salmonete, sopla que te sopla, y sin haber conseguido aún apagar aquella endiablada lámpara.

– Basta de soplidos, dijo por fin el israelita. Creo que he soplado más de lo que corresponde á mi dignidad y á mis creencias.

Y salió de allí para ir á la sinagoga.

¡Y la virtud de Rosalinda, firme que firme!

Presentóse en tercer lugar como pretendiente un respetable médico de cámara. Rosalinda puso como precio de esta entrevista tres mil ducados, que aquél entregó sin titubear. Entró como los anteriores por la puerta falsa del jardín al sonar la media noche. Rosalinda lo aguardaba vestida de blanco y prendido el cabello con frescas rosas de Alejandría. El viejo Galeno, al inclinarse para saludar, poseído de verdadero éxtasis ante tan sorprendente hermosura, oyó gritar á la bella:

– ¡No os aproximéis tanto, doctor! me habéis dejado caer en este ojo un cabello de vuestra peluca.

– Perdonadme... Eso no vale la pena... Voy á quitarlo inmediatamente... Permitidme... ¿Dónde está? Ah, sí, sí, ya lo veo.

Y asiendo el cabello con la punta de los dedos, tiró hacia afuera. El cabello salía y salía siempre y no acababa de salir.

– ¿Pero qué cabello es éste? decía el doctor. No he visto nunca nada semejante.

Cuando hubo retrocedido hasta la pared de enfrente, comenzó á liar el cabello á sus dedos, con lo cual consiguió volver á aproximarse á Rosalinda, que clamaba con acento dolorido:

– Acabad pronto, doctor; me estáis haciendo sufrir cruelmente.

– Señorita... voy todo lo de prisa que puedo; pero la verdad es que no hay ejemplo de un cabello de esta longitud.

Y, ya aproximándose, ya retrocediendo, cuando hubo cargado sus manos y sus brazos hasta los hombros, se vió precisado á girar sobre sí mismo, haciendo de su cuerpo un devanadero de aquel interminable cabello. El doctor estaba literalmente convertido en un ovillo, cuando los primeros reflejos de la aurora iluminaron la habitación. Entonces recordó que á las ocho de la mañana había de estar en palacio para recetar á un lorito de la reina que el día anterior había padecido una indigestión de garbanzos. Y como el quitarse la carga que tenía encima no era cuestión de un momento, salió apresuradamente con dirección á su casa. Por fortuna, el carruaje le aguardaba á la puerta, y pudo atravesar la población sin ser visto de los barrenderos, que hacían en aquella hora la limpieza pública. En un extenso tratado de patología externa que consulta aún el proto-medicato de Meloria, se consigna por el sabio doctor la posibilidad de que el ojo humano produzca un cabello capaz de unir los más apartados continentes; teoría que ha sido considerada por muchos como la idea madre para la invención del telégrafo eléctrico.

¡Y á todo esto la virtud de Rosalinda más firme que un roble! ¿Que podía dar que decir con aquellas visitas á horas tan desusadas? ¿Y qué? ¿No tenía ella la conciencia tranquila? ¿no estaba limpia de toda mancha? ¡Pues entonces!... ¿Consentía ella la más mínima libertad á sus adoradores? ¿Se llevaba otro fin al recibirlos que el de sacarles los cuartos con mucho salero? ¿Habrá quien se atreva á sostener que aquello era un despojo inmoral? ¿Quiénes eran las víctimas de aquellos depojos? ¡Tunantes!!! ¿No habían querido ellos nada menos que...? ¡Pues hombre!... En fin, más vale callar. Si se fuera á hacer caso en este mundo de las malas lenguas... Lo cierto y la verdad es que la virtud de Rosalinda era cada vez más firme y más acrisolada.

JOSÉ TORRES REINA

(Continuará)

NUESTROS GRABADOS

El tocado de la favorita, cuadro de José Tapiró. – Amigo íntimo, compañero inseparable de Fortuny, de quien, además, era paisano, Tapiró deja ver claramente en sus obras los mismos gustos y la resultante de las mismas influencias que imprimieron un sello característico en las producciones del autor de *La Vicaría*. Como los de éste, distínguense los cuadros de aquél por la exquisita gracia de la composición, por la intachable corrección del dibujo, por la delicadeza y minuciosidad de la factura y sobre todo por la verdad y brillantez del colorido.

En los cuadros de Tapiró hay verdadero derroche de luz, al que se prestan admirablemente los temas que con predilección, casi exclusivamente, escoge para sus trabajos. La encantadora poesía que el modo de ser de las sociedades orientales presta á sus costumbres, tiene en nuestro compatriota intérprete habilidosísimo cuanto inteligente, y las hermosas notas de color que la naturaleza derrama sobre los paisajes y las ciudades de Oriente y los artífices imprimen en las telas, muebles, joyas y adornos de aquellas regiones, nada pierden de su riqueza ni de su intensidad cuando las traslada al lienzo este artista, para quien la paleta es mágico laboratorio donde evocados por su genio se combinan los tonos más enérgicos y los matices menos definidos.

El tocado de la favorita permite formarse concepto de la manera de componer y dibujar de Tapiró, y aunque por el grabado no pueda apreciarse la maestría con que trata el color, los que hemos admirado algunos de sus cuadros comprendemos cuántas bellezas habrá sembrado en éste, que tan ancho campo ofrece á la fantasía de un colorista.

Tapiró reside desde hace algunos años en Tánger; en aquella pintoresca ciudad recibe directamente las brillantes impresiones de luz que tanto nos cautivan en sus pinturas, y admira y estudia de cerca aquella naturaleza, usos y tipos, que en toda su magnificencia y con sorprendente fidelidad reproduce en sus encantadoras composiciones.

Estudios para el diploma de la sección austro-húngara de la Exposición Universal de París de 1889.—Luneta del teatro de la Ciudad, de Viena; obras de Alberto Hynais. – Cuantos visitan la actual Exposición general de Bellas Artes, detiénense admirados, al llegar á la sección extranjera, ante unos preciosos trabajos del pintor austriaco Alberto Hynais.

Nació éste en Viena, en 1854, y en sus mocedades ninguna disposición demostró á las bellas artes; la visita de una Exposición decidió de su porvenir, y á pesar de la oposición de su padre entró en la Academia de Viena, ganando á la edad de 17 años el premio de composición. A poco entró en el taller de Feuerbach, que fué decidido protector suyo. Después ganó una pensión en Roma, y allí, encantado ante las preciosidades artísticas de la ciudad eterna, se despojó del último resto de su envoltura académica, haciéndose verdadero artista. Al poco tiempo, y en vista de lo poco que *oficialmente* había hecho, fué nuevamente llamado á Viena, y después de un período de sufrimientos y casi de miseria se trasladó á París, en donde trabó conocimiento con el célebre Baudry y entró en la Academia de Bellas Artes.

Desde entonces la carrera de Hynais ha sido como pocas brillante y en la Exposición Universal de París de 1889 ganó una medalla de oro y la cruz de la Legión de Honor, y recibió el encargo de dibujar el diploma para la sección austro-húngara, del cual reproducen algunos estudios nuestros grabados.

Entre sus principales trabajos decorativos figuran el del telón y palco imperial del teatro Nacional de Praga, que le valió la condecoración de la orden de Francisco José, y la decoración del techo y de las lunetas del teatro de la Ciudad, de Viena; una de estas últimas es la que el otro grabado representa.

Hynais figura actualmente entre los primeros pintores decorativos y pocos como él han dominado el género alegórico, que es de los más difíciles cuando en él se obtienen resultados como los que alcanza el famoso artista austriaco.

Músicas japonesas, cuadro de M. Homphrey Moore, grabado por Baude. (Salón del Campo de Marte, París.) – Este hermoso cuadro, de un *exotismo* tan elegante y gracioso, llamó poderosamente la atención en la última Exposición celebrada en el Campo de Marte de París. Y ciertamente no eran exageradas las alabanzas que se le prodigaron, pues en medio de la sencillez del asunto, supo el pintor trazar dos tipos perfectamente estudiados y presentados con naturalidad suma, embelleciendo la composición con las galas de color en que tan pródigos son los japoneses. Es éste un cuadro sobrio y lleno de carácter, en cuya contemplación se recrea la vista, atraída por la corrección con que aparecen sentidas y dibujadas las dos figuras y por la acertada distribución de los elementos secundarios que en la composición entran.

¡Fuera penas!, cuadro de Joaquín Agrassot. – Es Agrassot uno de los pintores que honran á España y á Valencia, en donde reside desde hace algunos años, confundiendo en una sola las simpatías que siente por la ciudad del Cid y por Alicante, su ciudad natal. Su nombre evoca el recuerdo de alguno de sus lienzos notables, que como el titulado *Las dos amigas*, figura entre los que encierra el museo del Prado. Al igual de otros pintores que tanto han enaltecido el arte español, ganó fama y crédito durante el período de su pensionado en Roma, y sus cuadros proporcionáronle la consideración que merecía por su relevante mérito. A su regreso de la ciudad eterna dedicóse á la pintura mural, trocando por último sus brillantes ensayos en este género por sus preciosos cuadros de costumbres, justamente apreciados por su buen colorido, estilo y precisión, trasunto fiel de ese conjunto de luz y de tonos, de asuntos y situaciones que caracterizan los lienzos genuinamente españoles.

Antes de la corrida, *Recuerdos de Murcia* y *La feria* son tres notas importantes entre las que pudiéramos llamar armónicas producciones de este distinguido pintor, que, cual si su paleta fuera inagotable fuente de vida, reproduce con primor y lozanía la fresca y jugosa vegetación de los verjeles que baña el Turia y la multiplicidad de tonos que ofrecen en sus trajes los tipos valencianos, abrillantados por el sol del Mediodía.

A otro género pertenecen los tres lienzos que ha remitido á la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, que acusan desde luego una evolución artística en Agrassot; y como quiera que nos proponemos dar á conocer alguno de ellos á nuestros lectores, aplazamos para entonces consignar el juicio que nos merece este artista dentro del modernismo.

Segadora asturiana, pintura al pastel de Cecilio Plá. (Exposición de pasteles celebrada en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, 1890.) – La circunstancia de haberse ocupado á su debido tiempo de esta discreta producción del pintor valenciano nuestro buen amigo y colaborador D. Rafael Balsa de la Vega, nos releva é impide, hasta cierto punto, emitir nuestro juicio acerca de la obra y de aquel concurso, que revistió verdadera importancia, si se tiene en cuenta lo poco cultivada que ha sido en nuestra patria la pintura al pastel, á pesar de contar con tan hábiles maestros como lo fueron los Vicente Rodes y Rafael Tejeo.

Nos limitaremos, pues, á consignar que Cecilio Plá es uno de los jóvenes pintores valencianos que más honran á su patria y á su maestro Sr. Sala. Que nuestros elogios no son exagerados demuéstranlo las recompensas que merecieron sus cuadros titulados: *Dante en el Infierno* y *El entierro de Santa Leocadia*, premiados respectivamente en las Exposiciones Nacionales de los años 1884 y 1887.

Actualmente hállase ocupado en pintar varios techos que han de servir de preciado adorno de los salones del palacio de los señores condes de Valdelagrana.

Dadas las aptitudes de este joven artista, esperamos confiadamente que en lo porvenir ha de ofrecernos ocasión para ocuparnos de obras en que, por su mayor importancia, se manifiesten su genialidad y sus relevantes cualidades artísticas.

¿Será mal de amor?, cuadro de Juan Looschen. – Nos parece que el doctor ha puesto el dedo en la llaga: como él, creemos que la enfermedad de la bella joven no es de las que se curan en la botica sino en la vicaría. Los síntomas del amor no pueden, á los ojos del médico, confundirse con otro alguno, y por las explicaciones que de la dolencia le dan, bien habrá podido convencerse el facultativo de que no entra en su jurisdicción la enfermedad objeto de la consulta, y quizás sus palabras harán comprender á la inocente madre dónde debe buscar la medicina que devuelva la alegría y la salud á su hija.

El cuadro de Looschen es un fragmento de la vida social arrancado de la realidad misma: la situación, los personajes, las actitudes, las expresiones son otros tantos portentos de naturalidad, y el artificio artístico se desvanece de tal modo que nos parece estar adivinando lo que piensa y lo que siente cada uno de los actores de esta sencilla al par que interesantísima escena.

Las dos hermanas, cuadro de Luis Jiménez, grabado por Baude. (Salón de París de 1891.) – Es don Luis Jiménez uno de los artistas españoles contemporáneos que más universal y legítima fama han alcanzado, y esto es tanto más de admirar cuanto que su actividad artística se dedica con igual fortuna á varios géneros completamente distintos, produciendo en todos ellos obras que no vacilamos en calificar de maestras.

Sin salirnos de los cuadros que ha reproducido LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, recordamos en este momento tres que con el que hoy publicamos justifican nuestro aserto: *El minué*, *La visita en una sala del hospital* y la *Confesión amorosa*. La elegancia y finura del primero truécanse en el segundo en concepción valiente para representar con trazos vigorosos y enérgicas pinceladas una hermosa página de la escuela realista, y en el tercero se convierten en encantador idilio campestre, lleno de sentimiento é inspirado en el más puro naturalismo.

Las dos hermanas es una nueva maravilla salida del pincel que tantas lleva creadas; aquel claro sembrado de plantas silvestres, por entre las cuales asoman las pintadas florecillas, y limitado en el fondo por espeso bosque, cuya sombra contrasta con la luz de los primeros términos, respira esa poesía especial que aun en los más ocultos rincones ofrece la naturaleza; y aquellas dos figuras, que acaso encierran un drama de orfandad que ha trocado en deberes maternales los cuidados de hermana mayor, están bien trazadas y mejor sentidas. Este cuadro, en suma, es una nota de inspiración que puede figurar al lado de las mejores del Sr. Jiménez y llama poderosamente la atención de los que visitan el actual Salón de París.



EL MARIDO DE JACOBITA

NOVELA ORIGINAL DE ANDRÉS THEURIET, ILUSTRADA POR L. MAROLD

(CONTINUACIÓN)



Al fin se levantaron todos para tomar el café en el salón, y después de esto la señorita de Noirel, que no sabía cómo distraer á sus huéspedes, propuso tímidamente un *boston*, juego favorito del señor cura y de procedencia americana. La fisonomía de Gurgis expresó tal angustia, que Rogerio, compadecido de su amigo, hizo presente á su hermana que el viaje desde París era largo y fatigoso, y que su compañero y él necesitaban descansar; en una palabra, suplicóle que les permitiese retirarse temprano. Jacobita, muy impresionada, y sintiendo en el fondo cierto malestar, no deseaba otra cosa sino abreviar la reunión, y dijo á sus huéspedes que podrían obrar como si estuviesen en su casa. Al cabo de un cuarto de hora de conversación trivial junto á la estufa, el cura fué á buscar su sombrero y su bastón y los dos parisienses se dirigieron á sus habitaciones.

Cuando se hallaron con la palmatoria en la mano delante de su puerta respectiva, Rogerio tocó ligeramente en el hombro á su compañero.

– Vamos, amigo mío, murmuró, dejo á usted entregado á sus reflexiones... La noche es buena consejera.

– ¡Vaya usted al diablo!, contestó Gurgis, que ya no podía contenerse.

Y entró bruscamente en su aposento, encerróse en él y se consoló encendiendo un cigarro.

A pesar del fuego que chisporroteaba en la chimenea, la atmósfera era fría en aquella estancia, largo tiempo deshabitada. Gurgis amontonó varios leños, se puso un chaquetón, y comenzó á pasearse de un lado á otro.

Aunque estaba rendido de cansancio, la agitación le mantenía despierto. Dando vueltas como tigre en jaula, examinaba maquinalmente la cama de caoba, demasiado alta, con sus cortinajes de paño rojo guarnecidos de greca amarilla, el reloj con los vasos de alabastro en la chimenea, el papel de las paredes, de color salmón, imitando muaré, y los diversos cuadros que las adornaban. Dos de ellos eran litografías en color, de Boilly, titulados *El primer diente* y *El último diente;* los otros dos se reducían á paisajes iluminados, representando una erupción del Vesubio y la puesta del sol en el Bósforo.

«Todo está en armonía, murmuraba Gurgis con sorda cólera; el mobiliario y la dueña de la casa... ¡No, jamás podría yo vivir aquí!»

La vista de la «Puesta del sol en el Bósforo» le hizo pensar en el consulado que codiciaba.

«Pero si no me caso, continuó, ¿seré cónsul?... Voy á indisponerme con Noirel, y le conozco; es vengativo, y se manejará de tal modo que me dejarán pudrirme en las oficinas... Veamos; lo esencial es obtener el nombramiento... Cuando esté en posesión de mi consulado, nada me obligará á vivir en esta huronera, y hasta podré, con un poco de habilidad, persuadir á mi futura de que la residencia en el Asia Menor sería perjudicial para ella, por lo cual obraría sabiamente no saliendo de su provincia hasta que yo obtenga otro destino más cerca. Esa señorita tiene aficiones caseras, y sin duda mucho apego á su género de vida campestre; de modo que tal vez sería bastante fácil hacerle aceptar una separación momentánea. Después, una vez conseguido esto, nos veríamos solamente de tarde en tarde. En tales condiciones, mi ridículo matrimonio sería tolerable; daré mi nombre á la señorita de Noirel, y conservando mi independencia, dejaré á mi mujer una libertad honrosa, de la que estoy seguro que no abusará, siendo su fealdad para mí una excelente garantía... Pensándolo bien, este sería un medio de arreglar las cosas y salir airosamente del apuro... ¡Diantre, Noirel tenía razón; la noche es buena consejera!»

Y el señor Gurgis, arrojando su cigarro, desnudóse ligeramente, corrió el cortinaje, y murmurando contra los incómodos lechos de provincia, acabó por dormirse.

Al día siguiente, antes de almorzar, salió en busca del señor de Noirel y excusóse de su arrebato de la víspera.

– He reflexionado, según me aconsejó usted, díjole, y reconozco que no me conduje bien ni debía enfadarme... Cuando un caballero se coloca en una situación difícil, no le queda más que un remedio, y es salir de ella del modo más conveniente... Yo soy hombre cortés y me casaré con su señora hermana, pero deseo tener mi nombramiento en el bolsillo el día mismo en que deba efectuarse la ceremonia...

– ¡Perfectamente!, contestó Rogerio de Noirel. Me alegro mucho que al fin sea usted razonable... En cuanto al consulado, lo prometido es deuda, y puede usted contar conmigo.

Desde aquel momento, Gurgis hizo la corte á la hermana de Rogerio; mas á pesar suyo, el papel de novio no dejaba de parecerle pesado, y en el fondo profesaba á su futura un amargo rencor que á duras penas podía disimular. Por diplomático que fuera, juzgaba humillante fingir ternura á una joven que le inspiraba más aversión cada día. La señorita de Noirel era torpe, tímida y nada elegante; no sabía vestirse ni hablar ni presentarse; y á los ojos de Gurgis, estos eran otros tantos defectos imperdonables. Sus bruscos modales y sus aficiones rústicas irritaban al parisiense; su indiferencia por el qué dirán y por las conveniencias sociales espantaban al formalista Gurgis, acostumbrado á observar sobre todo la corrección y la etiqueta. He aquí por qué á veces sus repugnancias se traslucían á través de su máscara de cortesía y amabilidad, escapándosele en momentos dados palabras cruelmente irónicas, recalcadas por malignas sonrisas que desconcertaban á la pobre Jacobita. La joven reconocía que en su prometido faltaba expansión y ternura; preguntábase con secreta inquietud si hallaría más tarde en su esposo la simpatía é indulgencia que tanto necesitaba; y es probable que si las cosas no hubieran estado tan adelantadas, habría renunciado á unir su suerte con la de aquel hombre, cuya frialdad y lenguaje cáustico acentuábanse cada vez más á medida que se aproximaba el día fijado para el matrimonio.

La víspera de la ceremonia un coche condujo á Val-Dormant á un amigo del señor Gurgis que debía ser testigo, y á la mañana siguiente, cuando el futuro se disponía á vestir su traje negro, Rogerio de Noirel entró en la habitación y entrególe un número del *Moniteur*.

– Aquí tiene usted, le dijo, mi regalo de boda.

Gurgis desplegó el diario, buscó la sección oficial y leyó lo siguiente:

«Por decreto del 20 del actual, y á propuesta del Excmo. señor Ministro de Estado, el señor Gurgis (Evaristo Antonio) ha sido nombrado cónsul en Esmirna.»

Gurgis estrechó silenciosamente la mano de Noirel, guardando después el diario en su bolsillo, y los dos bajaron al salón, donde no se esperaba más que á ellos. Poco después la señorita de Noirel, escoltada por dos de sus parientes, se presentó con su traje de novia. Su vestido de cola y su velo á la judía distaban mucho de favorecerla; sus facciones irregulares, su boca grande y su maciza barba se pronunciaban más por las blancuras de la seda y el tul.

«¡Aún está más fea con su traje de ceremonia! pensó Gurgis, mientras se inclinaba para besar á la joven la punta de los dedos. ¡No, decididamente no podré acostumbrarme á ella!»

Varios coches alquilados en la ciudad vecina con-

dujeron á los futuros, á sus testigos y amigos á Champlain, donde se debía celebrar la doble ceremonia civil y religiosa. Terminada ésta, la comitiva remontó en el mismo orden la rampa de Val-Dormant, mientras las campanas tocaban á vuelo y los campesinos de las granjas hacían en honor de los recién casados varias salvas de escopeta que espantaban á los caballos de alquiler.

Habíase preparado uno de esos abundantes almuerzos-comidas que solamente vemos en el fondo de las provincias. Un poco antes de pasar al comedor, Noirel dijo á su hermana delante de los convidados:

– Jacobita, puedes felicitar á tu esposo, pues acaba de ser nombrado cónsul en Esmirna, lo cual os proporcionará el placer de hacer juntos un delicioso viaje de boda.

– Señora, repuso el recién casado con expresión hipócritamente confusa, debo excusarme á los ojos de usted de este nombramiento, que no esperaba tan pronto... Se me ordena marchar cuanto antes, y crea



usted que lo siento en el alma... Esmirna se halla tan lejos, que me remordería la conciencia obligar á usted á expatriarse.

– Tranquilícese usted, caballero, contestó la nueva señora de Gurgis, muy conmovida por aquellos delicados escrúpulos, pues aunque estoy poco acostumbrada á los viajes largos, recuerdo lo que el alcalde me dijo esta mañana: «La mujer debe acompañar á su marido;» y yo estoy dispuesta á seguirle adonde quiera que vaya.

Estas palabras no produjeron al parecer en Gurgis la agradable impresión que la señorita de Noirel esperaba; inclinóse silenciosamente, y durante todo el almuerzo su expresión de mal humor asombró á los convidados. Apenas se levantaron de la mesa, Gurgis se esquivó como pudo, subió precipitadamente á su habitación, y alguno que le encontró en la escalera oyóle murmurar entre dientes: «¡Ah!... ¡Eso no!... ¡De ningún modo!»

El amigo que sirvió de testigo se proponía volver aquella misma noche á París, y en el momento de marchar, Gurgis le acompañó, naturalmente, hasta el coche que debía conducirle á la estación; pero mientras el viajero se arrellanaba en los almohadones, después de haberse despedido, la portezuela se abrió de nuevo bruscamente, y el nuevo cónsul, precipitándose en el interior, ordenó al cochero acelerar la carrera, levantó los cristales y dijo á su amigo estupefacto:

– ¡Huyo contigo!... ¡Silencio!... Ya te lo explicaré todo en el camino...

El coche franqueó á escape la rampa de Val-Dormant, cruzó el puente y desapareció detrás de las casas de Champlain. Entretanto, la señorita de Noirel, su hermano y dos ó tres convidados que no debían marchar hasta el día siguiente, esperaban la vuelta del esposo, conversando alrededor de la estufa del salón. Una hora transcurrió sin que se presentase nadie; el rostro de Jacobita se alteraba; Rogerio fruncía el ceño, y ambos comenzaban á creer inexcusable la indiferencia de Gurgis. Los convidados pensaban lo mismo, aunque sin atreverse á manifestar claramente su sorpresa; pero de vez en cuando la conversación languidecía; seguíase un silencio lúgubre, un silencio de espera; y en aquel vasto salón no se oía más que el chisporroteo de la leña y el tic-tac del reloj. El señor de Noirel, visiblemente irritado, tiró de la campanilla, y un momento después presentóse Catalinita.

– Vé al aposento del señor Gurgis, dijo, y si está, adviértele que le esperamos para tomar el te.

La conversación se reanudó fríamente; transcurrieron cinco minutos, y después Catalinita reapareció con aire confuso.

– El señor no está en su habitación, murmuró con dificultad, como si le faltara el aliento; pero he visto sobre su mesa una carta dirigida á la señora... y he creído de mi deber traerla.

La señorita de Noirel, muy inquieta, habíase puesto ya en pie; cogió la carta sellada que le presentaba la doncella, rasgó con mano nerviosa el sobre, acercóse á la luz para leer el contenido, palideció mucho, y sin articular una sílaba dejóse caer sofocada en su sillón.

Rogerio, muy sorprendido, cogió la carta de sus manos y leyóla á su vez. Estaba concebida en estos términos:

«SEÑORA: Ya estamos casados, y usted se llama señora de Gurgis; me parece que este era su deseo y también el de su señor hermano. He cumplido mi palabra; pero habiéndome convencido por la experiencia de estos diez últimos días de la completa incompatibilidad de nuestros caracteres, creo obrar en interés de usted, así como en el mío propio, al poner entre nosotros la distancia que separa á Esmirna de Val-Dormant, suficiente en mi concepto para permitirnos á los dos movernos en nuestra esfera sin molestia ni enojos recíprocos. Creo conocer á usted lo bastante para estar persuadido de que á sus ojos, como á los míos, la libertad es el más precioso tesoro. Tengo la seguridad de que sabrá usted usar de ella, al igual que yo, con toda la conveniencia debida al nombre que lleva. Dispense, pues, mi brusca marcha, y acepte, señora, los afectos y la despedida de su muy respetuoso servidor. – *Antonio Gurgis.*

»P. S. Tenga usted la extremada bondad de enviar á París, dirigiéndole á la administración de correos, el equipaje que he dejado en mi habitación.»

III

Así fué como en la misma noche de su boda la señorita de Noirel pasó del estado de novia á la melancólica situación de esposa abandonada. Al día siguiente, Rogerio salió de Val-Dormant en seguimiento de Gurgis para demostrarle la incongruencia de su conducta; pero el nuevo cónsul no se había detenido más que para tomar dinero, y estaba ya en camino de Marsella. Ni amenazas ni ruegos bastaron para convencerle; la única cosa que de él se pudo obtener antes de embarcarse para Levante redújose á que firmara ante notario un acta por la cual autorizaba á su esposa para administrar libremente su fortuna personal.

Cuando Jacobita se hubo recobrado de su primer estupor y analizó sus sentimientos, admiróse de estar menos afligida de lo que había creído; y hasta experimentaba una especie de alivio al pensar que se libraba de la tiranía de un esposo cuyo carácter desagradable y sarcástico habíala inspirado durante diez días más temor que afecto. A decir verdad, el abandono del señor Gurgis resentíala en lo vivo, pero su amor propio era el que sufría, no su ternura; experimentaba amargo sentimiento por la injuria que la infería aquel singular esposo, abandonándola en el umbral mismo de la cámara nupcial, pero en nada echaba de menos al fugitivo. Su percance tuvo por resultado hacerla mirar con aversión el mundo, induciéndola á entregarse con más persistencia á sus costumbres rústicas; sólo de tarde en tarde iba á la ciudad, y volvió á su entretenimiento favorito de recorrer los bosques; pero ya no halló dentro de sí esa tumultuosa actividad, ese ímpetu juvenil, esa savia de esperanza que la sostenía antes en la soledad.

Sin darse apenas cuenta de ello, durante algunas semanas habíase entregado á sueños de amor y de vida familiar, que dejaban en el fondo de su corazón una especie de germen perturbador; y en su alma de joven no reinaba ya la calma virginal de antes. Ahora, cuando durante las noches de invierno removía meditabunda los leños de la chimenea, quiméricas visiones conyugales cruzaban por su mente; complacíala hacer castillos en el aire, y figurarse lo que habría pasado si el señor Gurgis hubiese sido otro hombre. Pensaba en la ternura que habría podido profesarle, en los deliciosos coloquios que hubieran tenido, en los hijos que más tarde podían venir, y todo esto la conducía á un penoso estado de agitación. Apenas quedaba dormida, asaltábanla amorosos ensueños; y por la mañana, bajo la impresión que en ella producían, despertábase con cierto confuso alborozo que se desvanecía gradualmente por la sensación de la realidad, y que la dejaba triste el resto del día por haber perdido aquella ilusión.

Cuando volvió la primavera, el padecimiento fué más acerbo aún.

En aquel país langrés, donde el invierno comienza pronto y acaba tarde, la primavera surge casi inopinadamente; de improviso prodúcese un derrame de savia, una superabundancia de vegetación y una florescencia que ablandan el corazón y conturban la cabeza: en el prado y en el bosque se oye el canto de las avecillas, y esta sensualidad difundida parece filtrarse en el alma de todos. El robusto cuerpo de Jacobita se estremeció bajo la impresión de aquella fiebre de la naturaleza; sus ojos estaban deslumbrados; percibía sonidos agradables; una dulce languidez penetrando en sus venas la enervaba, y á veces dejábase caer como rendida sobre la hierba del bosque. El aroma de las plantas parecía embriagarla, y al pensar en su aislamiento las lágrimas asomaban á sus ojos. Ni soltera ni casada ni viuda, veíase condenada á pasar el resto de su vida en aquella falsa situación. Y no tenía más que veintiséis años, y en su interior sentía agitarse su turbulenta juventud como el agua viva en un depósito cerrado...

Sus tribulaciones y sus pesares se acrecentaron durante el verano; después volvió el invierno con su silencio y su monotonía, y luego otra vez la primavera.

Una mañana del mes de junio la joven salió muy temprano sin más compañía que un perrito faldero que rara vez abandonaba; habíase propuesto inspeccionar una corta de árboles últimamente explotada, é internóse muy pronto en el bosque con su perrito, que ladrando entre las espesuras alejábase y volvía en busca de su ama, muy satisfecho de andar entre la hierba y sobrexcitado sin duda por las emanaciones primaverales. Era llegado ya ese período de las estaciones en que el bosque reverdecido se ostenta en todo su esplendor; los lirios del valle habíanse ya marchitado, pero las orquídeas alzaban aquí y allí sus panículos de singulares corolas, las madreselvas derramaban por todas partes sus perfumes y las ancolias lucían á la orilla de los senderos sus espuelas azules, mientras en los tallares jóvenes comenzaban á enrojecer las fresas. El sitio que la señora de Gurgis debía visitar era una superficie despojada de bosque que se extendía entre una línea de hayas y otra de grandes árboles; el sol caía á plomo sobre aquel gran cuadrado ya desnudo, donde solamente los vástagos de reserva que la poda había respetado sombreaban algunos espacios, y entre los cepejones, los troncos amontonados y las zarzas espinosas oíase el vuelo de los insectos que zumbaban en medio de una luz deslumbradora.

Mientras Jacobita se inclinaba para coger algunas fresas ya maduras, el perrito, que corría por todas partes, lanzó de repente un ladrido plañidero, y la señora de Gurgis, que se había precipitado en busca del animal, llegó precisamente á tiempo para ver huir una víbora que acababa de morderle. El perrillo se revolcaba gimiendo, y Jacobita desesperada dejó escapar también una exclamación de dolor, y cogiendo el faldero y examinándole en sus brazos, veíase impotente para administrarle la medicación necesaria á fin de contener los efectos del veneno. Iba á correr á través de los bosques en dirección á Val-Dormant, cuando un joven, apareciendo de pronto, dirigióse hacia ella presuroso. Acababa de oir los lamentos del perrillo y la exclamación de su ama, y acudió á informarse de lo ocurrido.

– Una víbora ha mordido á mi perro, dijo la señora de Gurgis... Estoy á una legua de mi casa, y antes de llegar á ella la herida podrá ser mortal... ¿Qué hacer, Dios mío?

– Tranquilícese usted, repuso su interlocutor, pues voy á propinar al perrillo el primer remedio... En este país, donde abundan tanto las víboras, jamás voy al bosque sin llevar un frasco de ácido fénico... Veamos primeramente en qué parte está la mordedura...

Así diciendo, cogió al faldero, que les miraba con esa expresión angustiosa y suplicante de los animales heridos, y arrodillándose examinóle con la mayor atención. Pronto vió que los colmillos de la víbora se habían clavado en una de las patas anteriores, y acto continuo practicó una ligadura sobre la parte lisiada.

– A pocos pasos de aquí hay agua, dijo. Venga usted, señora, y lavaremos por lo pronto la herida.

Jacobita se apresuró á seguir al joven, y á poco llegaron á un repliegue del terreno, donde se oían murmurar las aguas de un manantial entre las zarzas y los juncos. En un abrir y cerrar de ojos la herida quedó lavada, y después, á pesar de los aullidos del perro, el joven la cauterizó extensamente con ácido fénico.

– ¡Ya está!, dijo; y ahora, si usted lo permite, llevaré el perrillo hasta su casa... ¿Dónde vive usted?

– En Val-Dormant... Soy la señora de Gurgis, contestó Jacobita, sonrojándose á pesar suyo.

– ¡Ah! Pues somos vecinos... Yo habito en la Roserolle.

Hasta entonces, la joven, dominada por su emoción, apenas había tenido tiempo de examinar al salvador de su perrillo; pero una vez repuesta, miróle más detenidamente: era un joven de veinticinco años, que vestía el traje de cazador campesino; su chaquetón de terciopelo le sentaba muy bien, y debajo de su sombrero de anchas alas dejaba ver un rostro de expresión franca, aunque algo tímida. Tenía grandes ojos castaños, color moreno y barba rizada. Jacobita recordó haberle visto cuando se efectuó el entierro de la anciana viuda de la Roserolle, muerta el otoño anterior.

– ¿Sería usted, caballero, sobrino de la señora de Chatelliers?, preguntó Jacobita.

– Sí, señora, Huberto de Chatelliers.

– Caballero, murmuró la joven, permítame usted felicitarme por este imprevisto encuentro y darle á la vez las más expresivas gracias... Si mi pobre *Amigo* llega á curar de la mordedura de ese espantoso reptil, á usted se lo deberé.

– ¡Oh! *Amigo* curará, repuso Huberto de Chatelliers, mirando al faldero que llevaba en sus brazos; tengo dos perros que fueron mordidos también, y los he salvado por el mismo procedimiento...

Los dos jóvenes recorrieron larga distancia por el bosque, y fuéles preciso franquear una senda cuya estrechez les obligó á acercarse más uno á otro.

– ¿Hace mucho tiempo que está usted en la Roserolle?, preguntó la señora de Gurgis.

– No volví allí hasta que mi tía estuvo aquejada de su última enfermedad; pero cuando era niño, iba muy á menudo á pasar las vacaciones. Ahora he establecido definitivamente mi residencia en la finca, porque la buena señora me ha instituído heredero.

– Me extraña no haberle encontrado antes.

– Nada tiene de particular, pues como estoy de luto no hago visita alguna, y además, señora, yo soy casi salvaje. Antes de venir aquí, habitaba en pleno bosque, en una reducida posesión que tengo cerca de Wassy... No soy muy aficionado á la sociedad, porque en ella me encuentro desorientado.

– ¡Como yo! exclamó Jacobita.

Así conversando llegaron por fin á Val-Dormant, y la señora Gurgis insistió en que su compañero de camino entrase á tomar algún refresco. Una vez instalado el faldero en su perrera, el joven Chatelliers estuvo conversando un cuarto de hora con Jacobita, y después despidióse de ella.

– Pasaré por Champlain, dijo al retirarse, y enviaré á usted al veterinario.

– Hasta la vista, caballero, contestó la joven; permítame repetir las gracias... y aunque no le agraden las visitas, cuando pase usted por las cercanías de Val-Dormant espero que vendrá para saber cómo sigue mi faldero...

Cuando el joven hubo desaparecido en la extremidad de la avenida de pinabetes, la señora de Gurgis permaneció largo tiempo pensativa; pero esta vez su meditación no tenía nada de triste. En el fondo de su alma, y á pesar de la inquietud que la infundía el percance del perro, experimentaba una vaga satisfacción; parecíale que el encuentro con su vecino de la Roserolle iluminaba con una luz más alegre la soledad de Val-Dormant, y creyóse de pronto menos aislada. Los modales torpes y la rusticidad del joven éranle simpáticos y agradábale aquel hombre, á quien el mundo intimidaba como la había intimidado á ella.



Así diciendo, cogió al faldero...

Huberto de Chatelliers llegó á la Roserolle pasando por Champlain, y una vez en su casa, reflexionó, mientras almorzaba, sobre su encuentro con Jacobita. Aunque fuera recién venido al país, hallábase al corriente del singular casamiento de la señorita de Noirel; más de una vez habían picado su curiosidad los detalles de aquella aventura, y deseó conocer á la heroína; pero era más salvaje aún de lo que él había dicho, y como la idea de ponerse en relaciones con su vecina le hizo entrever toda una serie de visitas y la molestia de vestirse de etiqueta, rechazóla presuroso. Huérfano á muy corta edad, educado en un colegio, y obligado á vivir á los diez y ocho años en la soledad de una morada perdida en el fondo de los bosques, Huberto buscaba distracción entre los guardas de la finca y los cazadores; agradábanle la vida libre y carácter franco de éstos y se cuidaba poco de llegar á ser «hombre de mundo,» tanto que esta sola palabra le infundía secreta repugnancia. Exceptuando la anciana viuda de Chatelliers, había frecuentado muy poco la sociedad femenina; nada le atemorizaba tanto como la necesidad de conversar un rato con una hermosa dama; y en cuanto á sus aventuras galantes, solamente se le conocían dos ó tres amoríos que, nacidos á consecuencia de una cacería, terminaban al día siguiente. Chatelliers no sabía en realidad nada de la mujer, pero lo desconocido femenino preocupábale algunas veces. Con frecuencia, cuando desde las ventanas de la Roserolle veía las torrecillas de Val-Dormant, pensaba, con una especie de tierna compasión, en aquella señorita de Noirel, abandonada en la noche misma de su boda, y cuya juventud se pasaba solitaria en el antiguo castillo sepultado en los bosques. El misterio de aquella existencia novelesca le preocupaba, y entregábase á varias reflexiones al pensar que la casualidad le haría encontrar tal vez algún día á la señora de Gurgis.

Ahora que este encuentro se había realizado, Chatelliers analizaba lentamente sus impresiones, preguntándose si la realidad correspondería á la imagen que él se había formado. Ciertamente, la señora de Gurgis no era linda; sabíalo ya de antemano por lo que de ella le dijeron, y sobre este punto no había sufrido por lo mismo ningún desencanto; esa fealdad, que no le sorprendió, no le parecía desagradable. Jacobita tenía hermosos ojos, puros como el agua de un manantial, dentadura muy blanca y robustas formas, cualidades que no podían disgustar á un joven salvaje como Huberto de Chatelliers. Lo que le había agradado sobre todo era la naturalidad y la franca cordialidad de la señora de Gurgis; había experimentado cierta satisfacción á su lado, sin que le impacientase un momento su compañía, y maravillóse sobre todo al ver que era tan viva, tan ingenua y tan poco amiga de cumplidos. Hasta parecióle que todo cuanto emanaba de ella era fresco y lozano como el verde follaje lleno de flores y de canoras avecillas.

Algunos días después encaminóse hacia Val-Dormant, entró en el castillo con el pretexto de preguntar por el faldero, fué recibido en el gran salón lóbrego, donde Jacobita acostumbraba á trabajar, y halló á la joven ocupada en leer junto á un gran ramo de rosas que perfumaba la estancia. El faldero estaba casi del todo restablecido, gracias á la intervención de Huberto y á los cuidados del veterinario de Champlain, y ya no había que temer. La señora de Gurgis expresó de nuevo á su vecino todo su agradecimiento, y la acogida que se le hizo demostró claramente al joven que se le recibía con gusto en Val-Dormant. Así como él estaba á sus anchas junto á la señora de Gurgis, así también ésta perdía poco á poco esa cortedad que la paralizaba delante de los extraños, y mostrábase tal como era, expansiva y entusiasta, dulce é ingeniosa. Aquella primera visita duró largo tiempo; Huberto la repitió la semana siguiente, y muy pronto se consolidó entre los dos vecinos, que se veían con frecuencia, un compañerismo familiar.

A partir de aquel tiempo, Catalinita, la doncella de la señora Gurgis, observó un cambio notable en las costumbres de su ama: Jacobita comenzaba á ser casi coqueta; se aficionaba al tocador, engalanábase con más cuidado, y sabía sacar mejor partido de su abundante cabello negro. Preocupábale el corte de sus vestidos, cuidábase más minuciosamente de la blancura de su ropa interior, se ponía flores en el corsé, y no descuidaba nunca el aseo de sus manos. Por instinto llegó á encontrar un adorno que le sentaba bien; pero lo que la transfiguraba y embellecía sobre todo era una expresión de felicidad en su semblante, como una irradiación interna que se reflejase en su exterior y que realzaba cuanto había de agradable en ella: el brillo de sus ojos castaños, la bondad de su sonrisa y la suavidad satinada de su cutis.

IV

También Huberto notaba de día en día aquella transformación, y por esto sin duda comenzaron á ser sus visitas más asiduas. A fuerza de vivir junto á la señora de Gurgis, no le chocaban ya la irregularidad de sus facciones ni la excesiva robustez de sus brazos y manos; solamente veía sus ojos húmedos y de dulce mirada, su talle flexible y sus labios rojos, entreabiertos por la sonrisa. Cuando á los veinticinco años se encuentra un hombre todos los días junto á una joven amable y fresca, y la trata con familiaridad, acaba por descubrir en ella atractivos que no sospechó en un principio; y he aquí por qué poco á poco fué surgiendo el amor, sin que apenas lo notaran los dos vecinos.

TRADUCCIÓN DE ENRIQUE DE VERNEUILL

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

PURIFICACIÓN DE LAS AGUAS PARA LA ALIMENTACIÓN DE LAS POBLACIONES

(Conclusión)

EL PURIFICADOR ANDERSON

Purificación por el hierro. – Desde el punto de vista de la purificación de las aguas, la ciudad de Amberes se encuentra en condiciones especialmente des-

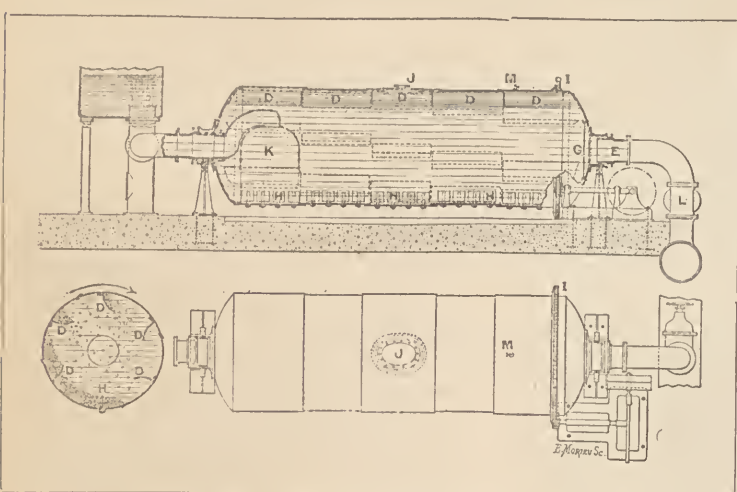


Fig. 1.—El purificador Anderson

favorables, puesto que está situada en un país llano, apartado de manantiales y sin ninguna capa subterránea de buena calidad. Antiguamente alimentábase la ciudad con agua de pozo, que las más de las veces es impura; á consecuencia de un estudio hecho para el establecimiento de una distribución de agua, reconocióse que la solución mejor ó menos mala consistía en tomar el agua en Waelhem del Nethe, punto distante 18 kilómetros de Amberes. Esta agua está contaminada por los terrenos turbosos que atraviesa; además, la marea creciente invierte el sentido natural de la corriente y hace refluir las aguas del Sena, cargadas con todas las impurezas de Bruselas. Todos los ríos cuyas aguas empujan las mareas hacia

Fig. 2

Fig. 3

Fig. 4

Figuras 2, 3 y 4. – Fig. 2. Obras hidráulicas en Amberes. Batería de purificadores rotativos de Waelhem. 1 y 2, secciones. 3, plano.—Fig. 3. Aparato para la inyección de aire. *FF*, tubos de llegada del aire. *GG*, falso fondo perforado y canal abierto. 1 y 2, secciones. 3, plano. – Fig. 4. *a*. Depósito de decantación durante su funcionamiento normal. *b*. Membrana formada por la impureza de las aguas.

la presa tienen una débil velocidad media y atraviesan poblaciones importantes. No faltan, pues, causas de contaminación. El agua que se ha de purificar es amarillenta y de olor nauseabundo y está cargada de toda suerte de impurezas en estado filamentoso, hasta el punto de que en un espesor de sesenta centímetros intercepta casi por completo la luz.

Algunos ensayos de decantación y de filtración por la arena no dieron resultado satisfactorio, en vista de lo cual se probó la filtración por medio de la esponja de hierro, nombre que se da á un producto resultante de la reducción imperfecta del mineral de hierro llamado hematita, que se presenta en estado esponjoso y que está formado por una mezcla variable de hierro y de óxidos de hierro compuesta, por término medio, de 80 por 100 de hierro y de 20 por 100 de oxígeno. Una mezcla de este producto con tres veces su volumen de arena dispuesta en capa de o'90 metros de grueso, reemplazaba la capa filtrante superior de los filtros de arena antes descritos. Esta operación dió en un principio resultados satisfactorios; pero á medida que aumentaba el consumo, el caudal de agua era insuficiente, los filtros se obstruían en casi toda la profundidad de la capa superior y la limpia resultaba á unos precios prácticamente inadmisibles. Fracasada esta tentativa, se inventó el procedimiento Anderson, que es el que actualmente funciona.

El agua es dirigida á los purificadores, llamados revólveres, en donde se pone en contacto con el hierro, y después de muy aireada se la desembaraza por medio de la decantación de la mayor parte de sus impurezas y finalmente se filtra.

El revólver (fig. 1) se compone de un cilindro horizontal de palastro de 4'50 metros de largo por 1'50 de diámetro, que puede girar sobre dos gorrones huecos colocados en los extremos de su eje y provistos de prensa-estopas, que forman juntura estanca entre el cilindro giratorio y los conductos fijos: estos dos gorrones sirven el uno para la entrada y el otro para la salida del agua. Una plancha circular *G*, situada enfrente del orificio de entrada, sólo deja entre ella y la pared del cilindro un espacio anular de un milímetro é impide que la corriente se establezca directamente de un gorrón á otro, repartiéndola en toda la sección del cilindro.

Por medio de una corona dentada *I* que engrana con un piñón, un motor hace girar el cilindro con una velocidad de dos metros por minuto medida á la circunferencia; el cilindro contiene una décima parte de su volumen de fragmentos de hierro ó de carburo de hierro de medio á un centímetro de grueso y de cualquier forma. Unas aletas *D* remachadas en el cilindro levantan los fragmentos de hierro durante la rotación y los vuelven á dejar caer al través de la masa de agua. Gracias al tamaño adoptado para estos fragmentos, se logra en muy poco volumen una gran superficie de contacto; y al propio tiempo estos fragmentos son bastante pesados y chocan entre sí con suficiente fuerza para que sus superficies se mantengan constantemente limpias. Otras aletas, *H*, cuya oblicuidad con relación á las generatrices del cilindro puede graduarse á voluntad, obligan á retroceder al hierro que la corriente empuja hacia delante. La campana *K* fijada en el conducto de salida y que no gira con el cilindro, se opone al arrastre de las pequeñas partículas de hierro desprendidas á consecuencia de los choques y del roce. Una abertura, *J*, por donde puede introducirse un hombre, sirve para inspeccionar el aparato, y una espita, *M*, permite la expulsión del aire en el momento de llenarse el cilindro.

El agua debe permanecer en el cilindro tres ó cinco minutos, según su grado de impureza, de manera que un cilindro de las dimensiones de los de Amberes puede tratar 3.000 metros cúbicos de agua por día, bastando de cuando en cuando añadir en él la cantidad de hierro correspondiente á la cantidad de agua que por él ha pasado.

Al salir del cilindro el agua está fuertemente cargada de sales y de óxidos de hierro, y muy turbia, presentando un color de orín muy pronunciado y exhalando todavía un olor á limo, lo que prueba que la purificación no ha terminado. Entonces se la airea inyectando aire en los tubos agujereados y sumergidos en una balsa que recibe el agua al salir de los cilindros. También se inyecta aire debajo de una plancha de cinc perforada, que forma como un doble fondo del tubo de evacuación de las aguas á la salida de la balsa. La aereación, por último, se completa haciendo saltar el agua en cascada sobre gradas provistas de cok.

La fig. 2 representa la instalación de los cinco revólveres de Waelhem; la fig. 3 reproduce los detalles de la inyección de aire.

Después de aireada, el agua es decantada y luego filtrada, produciéndose con ello dos acciones, una química y otra mecánica. Por la fuerza del hierro y del oxígeno del aire y á consecuencia de reacciones difíciles de precisar, las materias orgánicas quedan en gran parte destruídas. Además, sea en los estanques de decantación, sea en los de filtración, los compuestos ferruginosos se depositan en forma coloidal, englobando las materias en suspensión y los micro-organismos, produciéndose un efecto análogo al de la coladura de los vinos. La decantación se precipita, y por otra parte, la capa coloidal depositada en la superficie de la arena de los estanques de filtración forma la verdadera capa filtrante y permite el empleo de arena gruesa que sirva simplemente de sustentáculo, con lo que la filtración resulta más perfecta y más rápida. En Waelhem se ha conseguido un caudal de cuatro metros cúbicos por metro cuadrado y día, en vez de 2'50 que producen los filtros sencillos. Al mismo tiempo las limpias son más fáciles y no han de hacerse con tanta frecuencia. Las impurezas, en vez de penetrar en la arena, quédanse en la capa coloidal; de aquí que basta raspar en un espesor de un centímetro, y aun quizás bastaría un simple barrido.

Así se obtiene un agua límpida, inodora y de buen sabor, sin más micro-organismos que los que se observan en la mayoría de aguas potables, resultado tanto más sorprendente si se tiene en cuenta la extraordinaria impureza de dicha agua en su punto de partida. Por este procedimiento se purifican aguas para las cuales no basta la simple filtración; y aun en las que pueden filtrarse, el sistema Anderson aumenta la producción de los filtros, apresura el depósito de las materias en suspensión y permite disminuir considerablemente el coste de las instalaciones y de las limpias.

Como el conjunto de las instalaciones de Waelhem es anterior á la invención del procedimiento Anderson, hubo que adaptarle á éste lo mejor posible, y por lo tanto no puede citarse como modelo.

Los revólveres pueden ser de varios tamaños, desde o'068 á 14 metros cúbicos de capacidad; pueden tratar en 24 horas desde 20 á 6.000 metros cúbicos y exigen una fuerza motriz de 1'6 á 66 kilográmetros por segundo.

Este procedimiento ha sido aplicado á varias ciudades de Holanda y ensayado en Berlín, en París y en Boulogne-sur-Seine. En este último ensayo pudo presenciarse un hecho que demuestra el modo de obrar el procedimiento. Los estanques de decantación estaban formados con delgados tabiques estribados por barras de hierro redondas que tocaban la superficie del agua durante el funcionamiento normal (figura 4 *a*). En un momento dado se vaciaron lentamente los estanques y pudo verse cómo se formaba una membrana como de colodión, que pendía de la barra de hierro á modo de cortina (fig. 4 *b*).

Este procedimiento puede aún ser perfeccionado, pero tal como es, permite purificar las aguas que se resisten á otros procedimientos.

P. LLAURIOL

(De *La Nature*)

UN BAILE CIENTÍFICO

En Roma se ha celebrado recientemente una fiesta que bien merece el título de baile científico. Se abrió el cotillón con la representación de un desafío en el siglo XX; los caballeros se disputaban sus damas con espadas puestas en comunicación con un gran centro de electricidad por dos hilos invisibles, produciendo los aceros al chocar arcos voltaicos y chispas brillantes de un efecto mágico.

También se rindió tributo á la química: á las señoritas se les ofrecían flores artificiales de toda clase impregnadas de fenol-thaleína, de ciacina, de dinitro-naftol sulfúrico, de cúrcuma, etc., que cambiaban de colores al ser humedecidas con un pulverizador cargado de agua con carbonato sódico.

Después de estas figuras aparecieron por todos lados las corrientes eléctricas; las señoritas se sentaban en un gigantesco sillón de estilo medioeval, y cuando delante de cada una se presentaba el caballero que le estaba destinado, iluminábanse á la vez multitud de lamparitas incandescentes, dispuestas en aureola sobre sus cabezas. El circuito se cerraba por la intervención de un operador que de esta suerte arreglaba las parejas á su gusto.

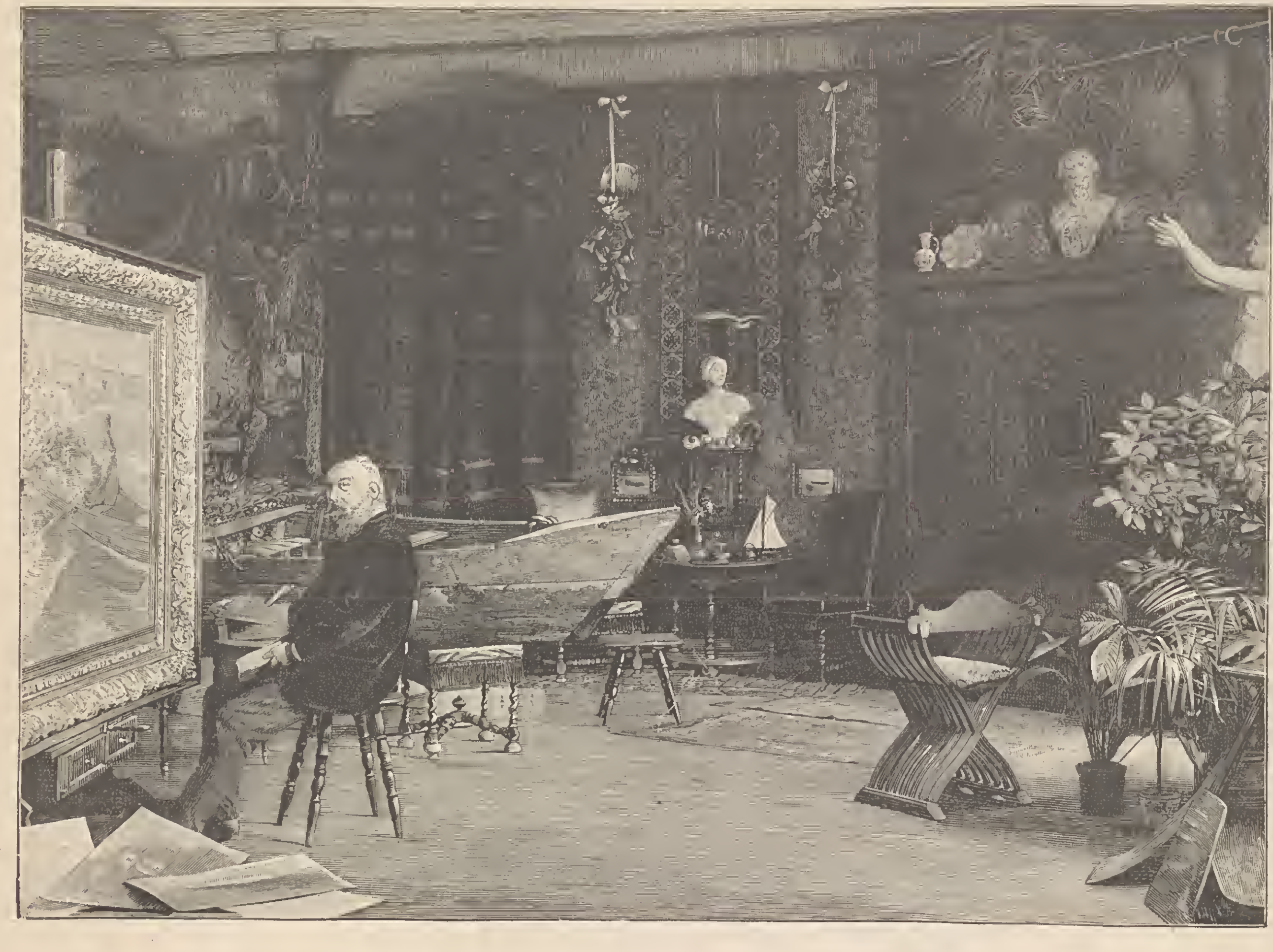
La electricidad se mostró además en otras muchas formas, entre las que citaremos los cambios de color de las grandes lámparas Bernstein, que indicaban cuál caballero debía bailar con determinada dama. Otra figura muy ingeniosa fué la siguiente: una caja metálica, muy sólida, tapaba un ramillete; construída con una armadura de hierro dulce, esta caja podía ser muy sólidamente fijada por medio de un gran electroimán, de modo que según se interrumpiera ó se dejara circular la corriente, podía aquélla ó no ser levantada y podía ó no el caballero que lo intentara sacar el ramo que estaba debajo. Poco después funcionó una gran máquina de influencia de Wimshurst con sus brillantes chispas monstruos.

Terminó el cotillón con la figura siguiente: multitud de preciosos brazaletes de aluminio electrolítico estaban cosidos á otros tantos pañuelos de piroxilo; un inflamador eléctrico produjo la deflagración encima de una mesa, haciendo arder y desaparecer, sin dejar rastro, los pañuelos, y dejando á las damas como recuerdo de la fiesta las primorosas joyas que dentro de aquéllos se ocultaban.

La corriente necesaria para todas estas aplicaciones y para la iluminación de los salones proporcionábanla veinticinco acumuladores del *Electric Power Storage*, de quinientos amperes cada uno de ellos de capacidad.

Los autores de esta fiesta científica fueron el profesor señor Mengarini, dueño de la casa y director de la fábrica eléctrica de Roma, y el profesor Sr. Nasini, de la Universidad de Roma, que estuvo encargado de la parte química.

(De *La Nature*)



ESTUDIO DEL PINTOR CARLOS RAUPP. (Véase el artículo en el número 487.)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año X — Barcelona 11 de mayo de 1891 — Núm. 489

PUBLICIDAD EN LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

Á partir del pasado mes de Abril, ha empezado á publicarse una nueva Sección de Anuncios en las páginas I, II, III, IV de la Ilustración Artística, como puede verse en el presente número.

Basta fijarse en el gran número de páginas destinadas para anuncios, que figuran en las Ilustraciones francesas, inglesas, alemanas, norteamericanas, polacas, austriacas, etc., etc., y el elevado precio á que se pagan (algunos á 4 y 5 francos línea corta) para quedar convencido de la importancia que revisten esta clase de anuncios.

La Ilustración Artística es una publicación universalmente conocida, que circula principalmente entre las clases acomodadas y la buena sociedad española y americana, y cuya tirada, que es regularmente de

20,000 EJEMPLARES (más de UN MILLÓN de ejemplares cada año)

tiene que aumentarse todos los días por aumentar también el número de sus abonados.

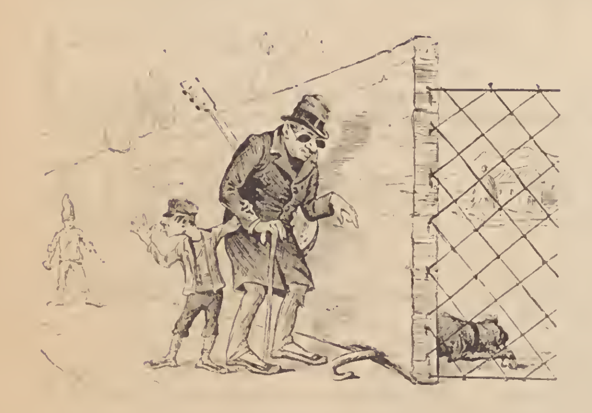
Ofrecemos á nuestra clientela todos los medios de investigación necesarios para comprobar la exactitud de nuestra afirmación.

Exigiendo iguales justificantes á los demás periódicos, los señores anunciantes podrán convencerse de que la tirada de la Ilustración Artística es, no solamente superior á la de las otras publicaciones ilustradas, sí que también á la de la mayor parte de nuestros periódicos diarios.

Nuestra Sección de Anuncios resulta, pues, un poderoso elemento de publicidad para el comercio, pues entre sus muchas ventajas tiene la de ser un anuncio para toda España, igualmente que para las Antillas y América del Sur, cuyos mercados son actualmente el punto de mira de la industria española.

Como bajo el punto de vista de su permanencia, los anuncios de la Ilustración Artística surten todos los efectos de un anuncio diario, porque cada número es leído por varias personas permaneciendo muchos días á la vista antes de ser coleccionado y encuadernado, publicamos quincenalmente nuestra nueva Sección de Anuncios.

UN ANIMAL RARO, *por Llopart*



¿ Una serpiente ?



¡ Voy á matarla !



¡¡¡ . . . . !!!

EL LADRÓN ROBADO


1—¡Venga frío! Por falta de leña no me apuro


2—A lo que se vé tampoco se apura el vecino


3—¡Caracoles! Parece cosa de brujería


4—¡Ah granujas!


5—¡Aguarda un poco!


6—No es mala leña la que os espera


7—¡Buenos dias!



8—Muchas gracias por el trabajo

UNA DUCHA INESPERADA





Tipografía LA ACADEMIA, Barcelona